EL SINIESTRO DR.
MORTIS
La Máscara
solamente
los descarnados vivos
conocían
el escalofriante secreto
de 'LA MASCARA'. Pero...
Judith
y Holofernes
el comandante descubrió
la razón
de las espantosas muertes
de sus soldados,
sin embargo, el precio
fue excesivo
Las Ratas
muchas muertes, dólares,
ambiciones y sobre todo
muchas ratas...
hambrientas
edaposa
$ 4.50
Cárdenas R.

Correo Argentino

Nº 61
Recargo por línea $ 0.36

TARIFA REDUCIDA Nº
Franqueo a pagar Nº

(En trámite)

"DR. MORTIS". Año 4, 2.ª etapa. 1976. Revista mensual. Editorial OILAPSA., S. A. Representante legal: Carlos Cella. Dirección: Bucarest 127 Casilla 16420, Santiago, Chile. Impreso en los talleres de Editorial Lord Cochrane.

MACABROS RELATOS

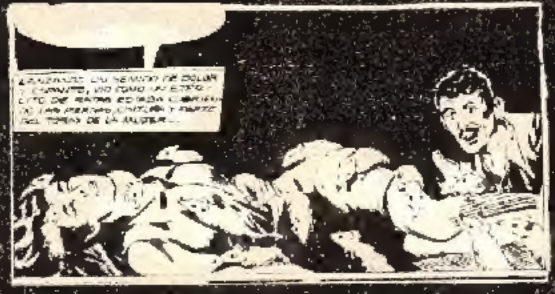
DEL SINIESTRO

MORTIS

dilapsa

EL SINIESTRO DR.

MORTIS



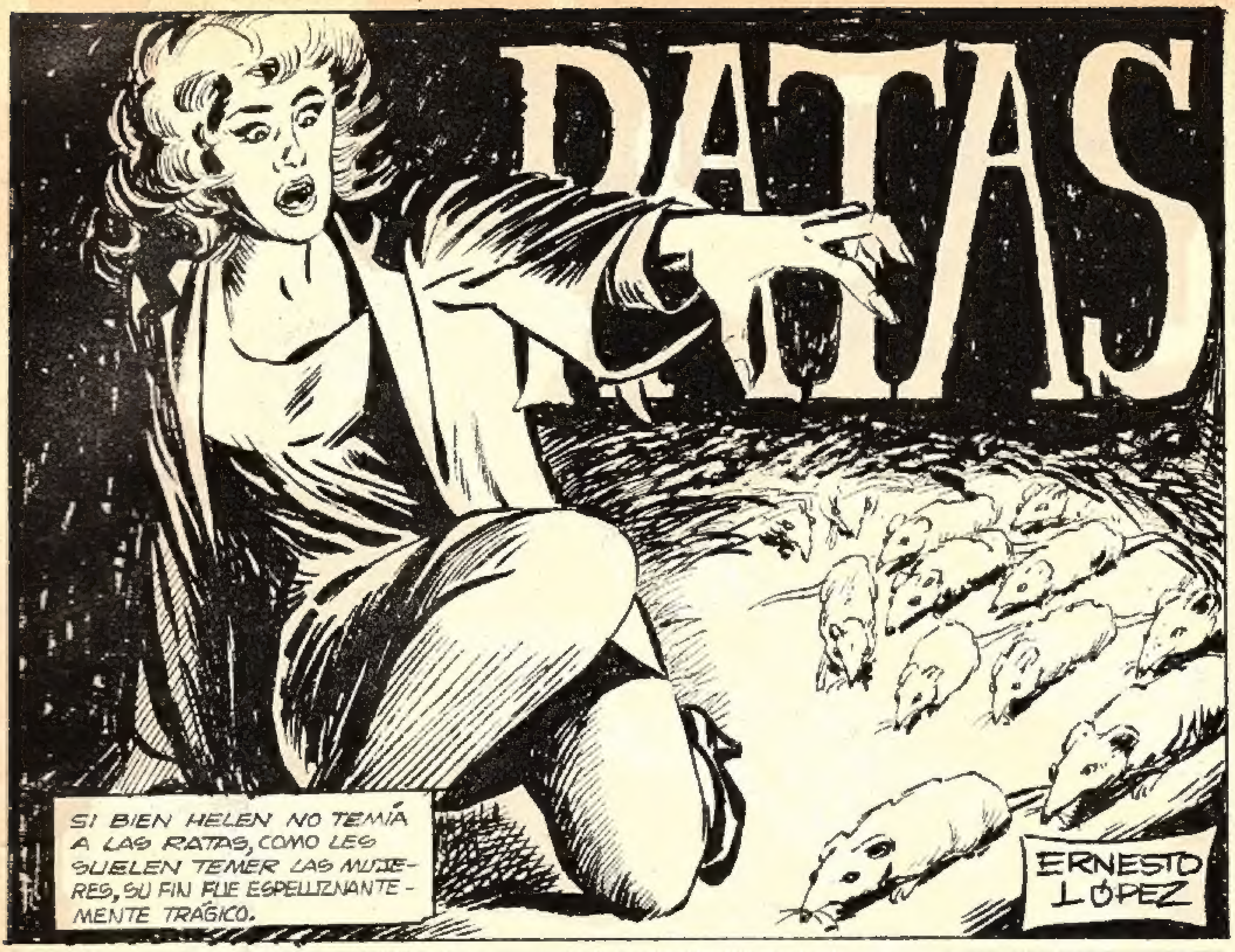
SUMARIO

LAS RATAS .... Pág. 3
Muchos murieron por conseguir ESO, pero sólo las ratas lo lograron.

LA MASCARA .... Pág. 11
La aparición de las diabólicas tretas del Doctor Mortis crearon la confusión y el pánico entre quienes quisieran poseer la máscara.

JUDITH Y HOLOFERNES Pág. 29
La bíblica historia encuentra nuevos protagonistas decenas de siglos después.

¡RESERVE! con tiempo su próximo ejemplar


RATAS
SI BIEN HELEN NO TEMÍA A LAS RATAS, COMO LES SUELEN TEMER LAS MUJERES, SU FIN FUE ESPELUZNANTEMENTE TRÁGICO.
ERNESTO LÓPEZ

TODO COMENZÓ CUANDO ROSTY ADAMS ABANDONÓ LA PRISIÓN DONDE HABÍA CUMPLIDO CINCO AÑOS DE CONDENA.

SU PRIMERA IDEA, DESPUÉS DE CALMAR SU APETITO CON UNA HAMBURGUESA, MANJAR QUE NO HABÍA PROBADO EN PRISIÓN, FUE VISITAR A HELEN, LA AMANTE DE MIKE MARSHALL.

MIKE, GRAN AMIGO DE ROSTY, ACABABA DE MORIR EN PRISIÓN Y AHORA ÉL, ADAMS, QUERIÁ VISITAR A SU AMANTE, HELEN, CON UN FIN BIEN DEFINIDO...
HELEN DEBE SABERLO. SÍ, SÍ. ¡ELLA DEBE SABERLO!
CUANDO LA PUERTA LE HUBO SIDO FRANQUEADA DESPUÉS QUE ROSTY TOCÓ EL TIMBRE, DEL MODESTO APARTAMIENTO DE AQUEL EDIFICIO SITUADO EN UN SUBURBIO, UNA MUJER APARECIÓ EN EL UMBRAL.
¿HELEN? YO SOY ROSTY ADAMS.
¡AH! EL AMIGO DE MIKE. ¿QUÉ QUIERE AQUÍ?
NO ME RECIBES MUY CORDIALMENTE, HELEN. PENSÉ QUE...
NO QUIERO SABER NADA DE MIKE NI DE SUS AMIGOS. PUEDES MARCHARTE, ROSTY.
¡OH, NO, NO! ANTES TENEMOS QUE HABLAR LOS DOS.
TE HE DICHO QUE NAD TENGO QUE HABLAR D MIKE, NI DE SUS AMIGOS. SI NO TE MARCHAS, LLAMARÉ AL CONSERJE.

¡TOMA! LAMENTO TENER QUE PROCEDER ASÍ TAN PRONTO, HELEN, PERO TAL VEZ ESO TE HAGA ENTRAR EN RAZÓN.
¡CHAS!
¿SIGUES PENSANDO EN LLAMAR AL CONSERJE?
ESTÁ BIEN... ¿QUÉ QUIERES?
VENGO POR EL DINERO DE MIKE. SÉ QUE TÚ DEBES SABER DONDE LO ESCONDIÓ ÉL, DESPUÉS DEL ATRACO AL BANCO. ESPERO QUE SEAS RAZONABLE. TE PROMETO UN 10% SI TE PORTAS BIEN. EN CASO CONTRARIO, TENDRÉ QUE MALTRATARTE.
¿ES TODO LO QUE SABES DECIR? PUES NO SÉ DONDE ESTÁ ESE DINERO, ROSTY.
¡OH, YA VEO! TE EMPECINAS, ¿EH?
NO QUISIERA DEJARTE MARCADA ESA LINDA CARA, HELEN. ¡POR FAVOR, NO ME OBLIGUES!

¡TE JURO QUE... NO LO SÉ! ÉL NUNCA ME LO DIJO, POR ESO... POR ESO LO ODIO Y ME ALEGRO AL FIN DE QUE HAYA MUERTO.
¡HUM! PODRÍAS PARECER SINCERA...
PERO AL MENOS TENDRÁS UNA PISTA, ¿NO?
BUENO... ¡NO! ¡TAMPOCO!
¡MIENTES COMO UNA CONDENADA!
Y EL CIGARRILLO FUE APLASTADO EN EL DORSO DE LA MANO DE HELEN, QUE LANZÓ UN GRITO DE DOLOR.
¿RECUERDAS AHORA ALGUNA PISTA?
LA MUJER LLORÓ SU DOLOR. SUS OJOS, DE FIERA HERIDA, PARECÍAN, SIN EMBARGO, CHISPEAR.
ESTÁ BIEN. TÚ GANAS. CREO TENER UNA PISTA AUNQUE NO LA HE COMPROBADO. CUANDO MIKE LLEGÓ AQUÍ, HACE 8 AÑOS, DESPUÉS DEL ASALTO AL BANCO...

¡MIKE! ¡MIKE! ¿QUÉ HA SUCEDIDO?
EL IMBÉCIL DE DORSEY MATÓ A UN POLICÍA. AHORA NOS BUSCAN. MATARON A MURPHY Y TURK PUDO ESCAPAR.
¿QUÉ TE PASÓ EN LA MANO?
¡NADA! ¡NADA! RASGUÑOS... AYÚDAME A VENDÁRMELA.
¿Y EL BOTÍN?
SE HAYA MUY SEGURO. ¡JA, JA! NO CREO QUE PUEDA SER ENCONTRADO POR NADIE. SOMOS RICOS, HELEN. ¡UN MILLÓN DE DÓLARES!
MIKE, ¿QUIÉN TE MORDIÓ? ¿UN PERRO? NO. ESTO NO ES NI DE PERRO NI DE GATO...
DÉJATE DE HACER PREGUNTAS ESTÚPIDAS Y VÉNDAME PRONTO, QUE DEBO MARCHARME.
"PERO MARSHALL NO TUVO TIEMPO DE HUIR. UN GRUPO DE POLICÍAS ECHÓ ABAJO LA PUERTA Y..."
TE ATRAPAMOS, MIKE. NO OPONGAS RESISTENCIA.
ESTÁ BIEN, POLIZONTE; ME ENTREGO.
¡MIKE!

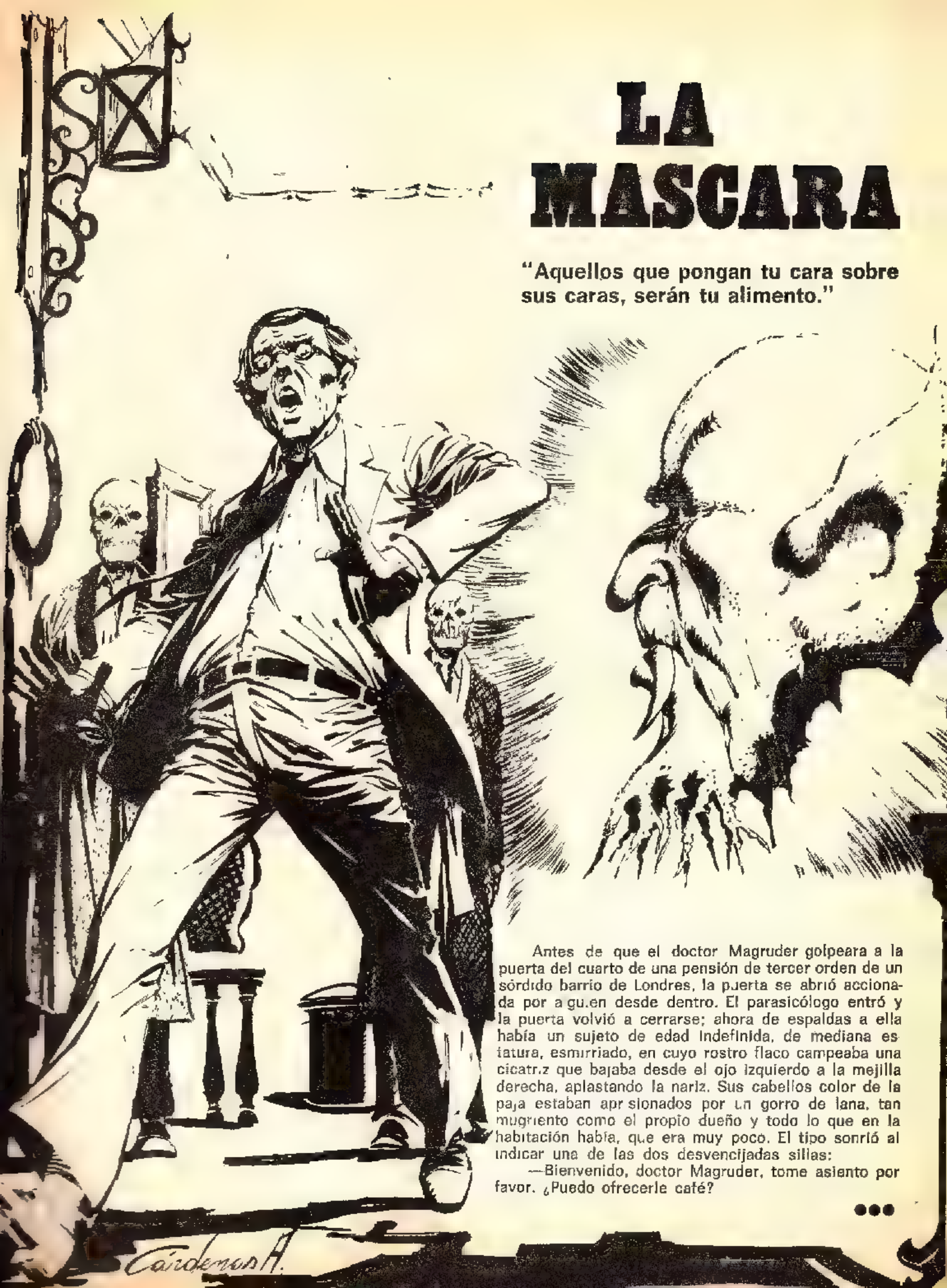
¡HUM! ¿Y LA PISTA?
¡LA MORDEDURA EN LA MANO DE MIKE, ERA MORDEDURA DE... RATAS!
¿RATAS? ¡CIELOS! SÍ, SÍ, EN LA CABAÑA DE MIKE, EN LAS AFUERAS, HAY MILLONES DE RATAS. ¡JA, JA! TIENES RAZÓN, HELEN... PERO ¿CÓMO ES POSIBLE QUE LA POLICÍA NO HAYA ENCONTRADO EL DINERO AHÍ?
MIKE SE CUIDÓ MUY BIEN DE OCULTARLO EN ALGÚN LUGAR EN QUE NO SERÍA DESCUBIERTO.
POR SUPUESTO. LA CUEVA DE ALGUNA RATA. ¡JA, JA!
ESTA MISMA NOCHE IREMOS A ECHAR UNA MIRADA A ESO, HELEN. MIENTRAS TANTO, TRATAREMOS DE PASAR EL TIEMPO EN LA MEJOR FORMA POSIBLE.
¡NO ME TOQUES!
¿NO? PUES YA TE ACOSTUMBRARÁS A CONOCER A ROSTY ADAMS, CARIÑO. ¡JA, JA!

SERÍAN ALREDEDOR DE LAS ONCE DE ESA NOCHE, CUANDO EL AUTOMÓVIL QUE ADAMS ALQUILARA SALÍA DE LA CIUDAD RUMBO A LA CABAÑA DE MIKE.
¡VAYA! HAS PERDIDO LA FACULTAD DE HABLAR.
NADA HAY QUE HABLAR ENTRE NOSOTROS. ME DARÁS MI PARTE DEL BOTÍN Y TE LARGARÁS.
¡JA, JA! POR SUPUESTO, QUERIDA, POR SUPUESTO, ¡JA!
LA RISA DE ROSTY SONÓ AGORERA A LOS OÍDOS DE ELLA.
AL CABO DE MEDIA HORA, ROSTY DETUVO EL AUTOMÓVIL FRENTE A LA PUERTA DE LA CABAÑA.
ES LO NECESARIO.
ADAMS MIRÓ A SU OCASIONAL COMPAÑERA DE UNA MANERA EXTRAÑA.
¿QUÉ QUIERES DECIR CON ESO?
YA LO SABRÁS. ABRE.

POCO TRABAJO COSTÓ AL BANDIDO ROMPER EL CANDADO. UNA VEZ DENTRO...
ENCIENDE ESA LÁMPARA.
¡AJ! RATAS.
¿TE ASUSTAN, ROSTY?
ME DAN ASCO. ¿A TI NO? PARECIERA QUE ESTUVIESES ACOSTUMBRADA A ELLAS, HELEN.
¡MÁS ASCO ME DAN CIERTOS HOMBRES!
ROSTY NO PERDIÓ EL TIEMPO. DE INMEDIATO PUSO MANOS A LA OBRA...
ÉSTA ES LA ÚLTIMA MALDITA CUEVA Y EL BOTÍN NO APARECE.
TAL VEZ NO ESTÉ EN UNA CUEVA DE RATAS, SINO EN EL ENTRETECHO, ROSTY.
¡ES IMPOSIBLE! ¡ESTÁ INTACTO!

LA MASCARA

"Aquellos que pongan tu cara sobre sus caras, serán tu alimento."



Antes de que el doctor Magruder golpeara a la puerta del cuarto de una pensión de tercer orden de un sórdido barrio de Londres, la puerta se abrió accionada por alguien desde dentro. El parasicólogo entró y la puerta volvió a cerrarse; ahora de espaldas a ella había un sujeto de edad indefinida, de mediana estatura, esmirriado, en cuyo rostro flaco campeaba una cicatriz que bajaba desde el ojo izquierdo a la mejilla derecha, aplastando la nariz. Sus cabellos color de la paja estaban aprisionados por un gorro de lana, tan mugriento como el propio dueño y todo lo que en la habitación había, que era muy poco. El tipo sonrió al indicar una de las dos desvencijadas sillas:

—Bienvenido, doctor Magruder, tome asiento por favor. ¿Puedo ofrecerle café?

●●●

LA MASCARA

●●●

Magruder rehusó. Era un hombre alto, delgado pero de porte atlético, de no más de 40 años de edad. Una barbita y bigote franceses le conferían un cierto aire de respetabilidad.

—He venido por nuestro asunto, Corradi.

—¡Oh, sí, sí! La mascarilla está en el Museo de Londres. Trabajo fácil, doctor, lo difícil ha sido dar con ella; me costó varias libras esterlinas averiguarlo.

Los ojillos de Corradi brillaron en un guiño codicioso.

Magruder sonrió mientras extraía una abultada billetera, haciendo que Corradi soltara una risilla nerviosa al ver el dinero.

—Está bien —dijo el visitante—, aquí tienes la mitad de lo convenido, Bert; pero quiero la mascarilla dentro de veinticuatro horas, a más tardar.

—Como usted diga, doctor.

Las sucias manos de Corradi cogieron ávidamente los billetes de banco, que guardó acto seguido en uno de sus bolsillos. Luego hizo chasquear la lengua, mirando de soslayo a Magruder.

—Quisiera decirle algo, doctor. Usted es uno de los más conspicuos coleccionistas del mundo y yo, bueno... —su risa resultó un cloqueo falso—, le he ayudado a obtener piezas verdaderamente valiosas que...

—¿Intentas extorsionarme?

La mirada del otro era amenazadora.

—¡Oh, no, no! Por Dios, doctor. Yo sé que trabajar para usted es..., es lucrativo, pero es que..., bueno, se trata de esa mascarilla.

—¿Qué hay con ella?

Corradi se mordió los labios, evitando mirar a su interlocutor a los ojos.

—Cuando estuve en el Museo para explorar el terreno, la vi en su urna de vidrio... y al pie había un cartelito explicativo. Esa mascarilla perteneció al Barón de Stroim. —Los ojos de Bert Corradi se abrieron mucho, como queriendo afirmar la frase.

—¿Y bien?...

—¿Usted no sabe quién era Stroim?

Magruder se sacudió las manos como si el hecho de haber estado en el cuarto de Corradi se las hubiera ensuciado:

—No puedo perder el tiempo escuchando tus divagaciones, Bert. Tienes veinticuatro horas para llevarme esa mascarilla a casa. ¿Está claro?

Bert abrió los labios para decir algo, pero se abstuvo.

—Sí, sí, doctor.

Poco después Magruder trasponía el vestíbulo, bajo la mirada escrutadora de una mujer grande y gorda, que se limpiaba las manos en un delantal que había sido blanco hacía varios años.

A eso de las seis de la tarde, Bert Corradi entraba en el Museo. Había cambiado sus ropas miserables por otras recién compradas, que le conferían un aspecto menos ruin del que se le conocía. Apenas dio dos pasos dentro del enorme edificio, uno de los guardias se le acercó con aire desconfiado:

—¡Hola, Bert! ¿Qué vienes a robar hoy?

—¡Por favor, Danny! Si alguien te oye, va a pe que soy un delincuente. —Bert lanzó furtivas mir a todas partes.

—Y acertaría, Bert —rio el guardia—. La úl vez que robaste algo de aquí fue hace tres meses lizmente aún tenías el producto del robo en tu p Ahora escúchame, Bert: si intentas robar algo, te jamos un par de balas en tu sucio pellejo. ¿Me entendido?

—¡Vamos, vamos, Danny! Cada día te vu más irascible. Mírame ¿tengo aspecto de lad —Bert sonrió—. Jamás en tu vida podrías compr abrigo como éste, Danny. Cuesta la mitad de tu s del mes.

Riendo por lo bajo, Bert se alejó del guardi

Cayó la noche en Londres y también en el M El silencio era sepulcral en el edificio, sólo se o hora en hora el paso apagado de los guardias p

alfombras, realizando sus rondas. De pronto una sombra se detuvo frente a una vitrina. Dentro había una máscara de aspecto demoníaco, color púrpura. Estaba confeccionada de terciopelo y evidentemente se trataba de una máscara para fiestas de carnaval. De entre las comisuras que simulaban los labios descendían dos largos y afilados colmillos que se curvaban hacia la barbilla. Al pie de la urna había un cartel en el que podía leerse: "Mascarilla del siglo XV. Fue propiedad de la familia Stroim, desaparecida misteriosamente de sus tierras en los Cárpatos".

Sin producir el menor ruido, Bert abrió la urna, con ayuda de una ganzúa extrayendo la mascarilla. Cuando sus dedos tocaron la tela, el ladrón se estremeció. Guardó la máscara en un bolsillo de su abrigo y sacando otra, exactamente igual, la puso en la urna. Luego, sigilosamente se alejó de ahí, yendo a ocultarse en el vano de una de las anchas escalinatas, en el que había sido construida una pequeña habitación para guardar escobas, cubos, etc.... En ella esperaría hasta el día siguiente, en que le sería fácil huir, puesto que el guardia Danny, que era el más suspicaz de todos, debería dejar su turno.

Dos días mas tarde, Magruder estaba golpeando la puerta del cuarto de Corradi. Esperó y volvió a golpear, sin recibir respuesta. Movió el picaporte, pero la puerta estaba cerrada con llave... En ese momento la escalera crujió a sus espaldas; Magruder giró sobre sus talones: la que subía era la mujer grande y gorda.

—¿Busca a Bert? —resopló.

—Sí. He llamado pero no responde.

—Bueno, debe haberse pillado una borrachera de marca mayor, pues hace dos días que está durmiendo.

Magruder miró inquisitivamente a la mujer.

—¿Durmiendo?

—Eso dije. Lo oí llegar ayer por la mañana a eso de las siete y no ha vuelto a salir.

—¿Cómo sabe que no ha salido?

La gorda sonrió suspicazmente.

—Es mi obligación saber cuándo entran y salen mis inquilinos, señor; ésta es una pensión honorable y no permito que sean traídas mujeres, ¿me comprende?

—Por cierto, pero me parece que a Corradi le ha sucedido algo; no puede estarse dos días durmiendo...

●●●

LA MASCARA

●●●

—Ya verá usted como yo tengo razón —y así diciendo la mujer extrajo del bolsillo del delantal un manojo de llaves, de entre las cuales eligió una. Al cabo de unos segundos empujaba la puerta del cuarto.

Entonces vieron ESO... La patrona lanzó un corto chillido y se desmayó, mientras Magruder con ojos desorbitados miraba el cuerpo caído de Bert Corradi. Había visto decenas de cadáveres pero ninguno como aquél. Corradi estaba correctamente vestido; como cuando entrara al Museo, pero NO TENIA ROSTRO; es decir, donde debía haber una cara, se veía una calavera.

—¡Gran Dios! —Se pasó la mano por la frente. Entonces sus ojos se posaron en algo que yacía junto al cadáver: era la mascarilla de terciopelo púrpura que parecía mirarle desde las rasgaduras que servían de ojos, con una expresión de satisfecha malignidad.

Rápidamente el hombre se apoderó de ella, envolviéndola en su pañuelo y guardándola en uno de los bolsillos de su abrigo. Sentía que estaba sudando en frío. Como pudo alzó el pesado cuerpo de la patrona sacándolo de la habitación y depositándolo junto a la escalera; en ese momento la mujer abría los ojos y miró despavorida a Magruder, pero éste la tranquilizó con un ademán.

—¿U... usted lo vio? Era ..., era un... —la mujer hipaba lamentablemente.

—¡Cá mese! ¡Cálmese! Habrá que avisar a la policía. ¿Dónde está el teléfono?

—¿La policía? ¡Oh, eso será mi ruina!

Magruder se detuvo en el primer escalón, mirando a la mujer que se había sentado con la espalda apoyada en la balaustrada.

—Señora, ¿qué otra cosa vio aparte del cadáver de Corradi?

—¿Otra cosa? ¿Le..., le parece poco lo que vi?

—Está bien. Voy a llamar a la policía.

Magruder hizo la llamada y acto seguido, saliendo de la casa, subió a su automóvil, perdiéndose al doblar una esquina.

Dos horas más tarde la policía se hacía presente en la pensión. La visión del cadáver de Corradi impresionó a los representantes de la ley y fue uno de ellos, un hombre joven, quien encaró a la patrona:

—¿Usted es la dueña de esta pensión?

—Sí, sí, oficial... Mi nombre es Diana Goodman.

—¿Quién es la persona que hizo la llamada por teléfono?

—Bueno... Era un caballero que solía visitar al pobre Bert, pero yo desconozco su nombre...

El oficial quedóse pensativo.

—¡Hum! Comprendo. Debe ser alguno de esos coleccionistas que se sirven de tipos como Corradi para robar piezas de valor de los museos. —Alzó la voz llamando a uno de sus subalternos—: Andrews...

—Sí, señor...

—Averigüe si algún museo ha sido robado. —El otro contestó, saliendo acto seguido.

—Señora, haga el favor de describirme al hombre que nos llamó.

—No es necesario, oficial; ya estoy aquí. El policía giró la cabeza rápidamente, en el umbral estaba el doctor Magruder.

—¡Oh, es usted!

—Soy el doctor Magruder, parasicólogo. Si desea interrogarme, le sugiero que bajemos: la visión de los restos del infortunado Corradi no es un espectáculo agradable.

El oficial dio algunas órdenes a otro de sus subalternos y luego bajaron al vestíbulo, seguidos de la patrona. El policía extrajo un cigarrillo ofreciendo otro a Magruder, que aceptó:

—Doctor, ¿qué hacía usted en esta casa cuando fue descubierto el cadáver?

—Estaba aquí para hablar con Corradi. Deseaba comprarle una pieza de colección que él poseía. Una mascarilla del siglo XV.

El oficial lanzó algunos anillos de humo al cielo raso.

—¿Qué piensa usted del estado de la cabeza de Corradi? —preguntó el policía.

—No soy médico, pero podría decir que ha sido corroída por un ácido potente que hizo desparecer toda la carne.

—¡Hum! Es lo que pensamos nosotros también, pero lo extraño es que sólo le falta la carne de la cabeza y del nacimiento del cuello, lo demás está intacto. ¿Cómo pudieron hacerlo?

—Lo ignoro.

—Está bien, doctor. Sírvase darme sus datos personales y la dirección. Será citado a declarar.

Poco después el parasicólogo regresaba a su espléndida casa, manejando su propio automóvil. Pero algo le tenía perplejo: ¿quién había hecho eso a Corradi?

Cuando penetraba en el amplio vestíbulo, Louis, el criado, se le acercó diciendo:

—Un caballero aguarda, doctor.

—¿Quien es?

—No me lo dijo; doctor, ni tampoco ha entregado su tarjeta, pero insistió en esperarlo.

—Está bien, Louis.

Magruder se detuvo en el umbral de la arcada que comunicaba la sala de visitas con el vestíbulo. Un hombre estaba de pie, contemplando el bien cuidado jardín lateral, por uno de los ventanales.

—¿Usted me espera?...

El otro giró sobre sus talones, mirándolo. Era un hombre de unos cuarenta años, de cabello algo cano en las sienes; un par de anteojos de gruesa montura lo hacían verse más viejo de lo que en realidad era.

—¿El doctor Magruder? —sonrió, avanzando con la mano estirada—. Soy Franz Kruger. Usted perdone que me haya atrevido a esperarlo. Insistí y el criado no tuvo otra alternativa que aceptarme.

—Hizo mal; no acostumbro a que desconocidos se introduzcan en mi casa.

—Tiene usted razón, pero es que he hecho un largo viaje desde Alemania para verlo, doctor.

—¿Como parasicólogo?

—¡No! Como coleccionista.

Magruder frunció el ceño, poniéndose en guardia.

—No entiendo —dijo.

—He venido desde Alemania tras... la mascarilla de los Stroim.

El parasicólogo no pudo reprimir un respingo de sorpresa, pero fue sólo una tracción de segundo. Luego con voz aplomada apuntó:

—No entiendo a qué se refiere, señor Kruger.

—Oh, sí. Usted entiende muy bien... Sé positivamente que usted posee la mascarilla, doctor

Magruder estaba perplejo. En realidad había sido cogido de sorpresa y no sabía qué responder.

—Pues está usted equivocado: la mascari la está en el Museo y como nada más tenemos que hablar, llamaré a mi criado para que le indique la salida, señor Kruger.

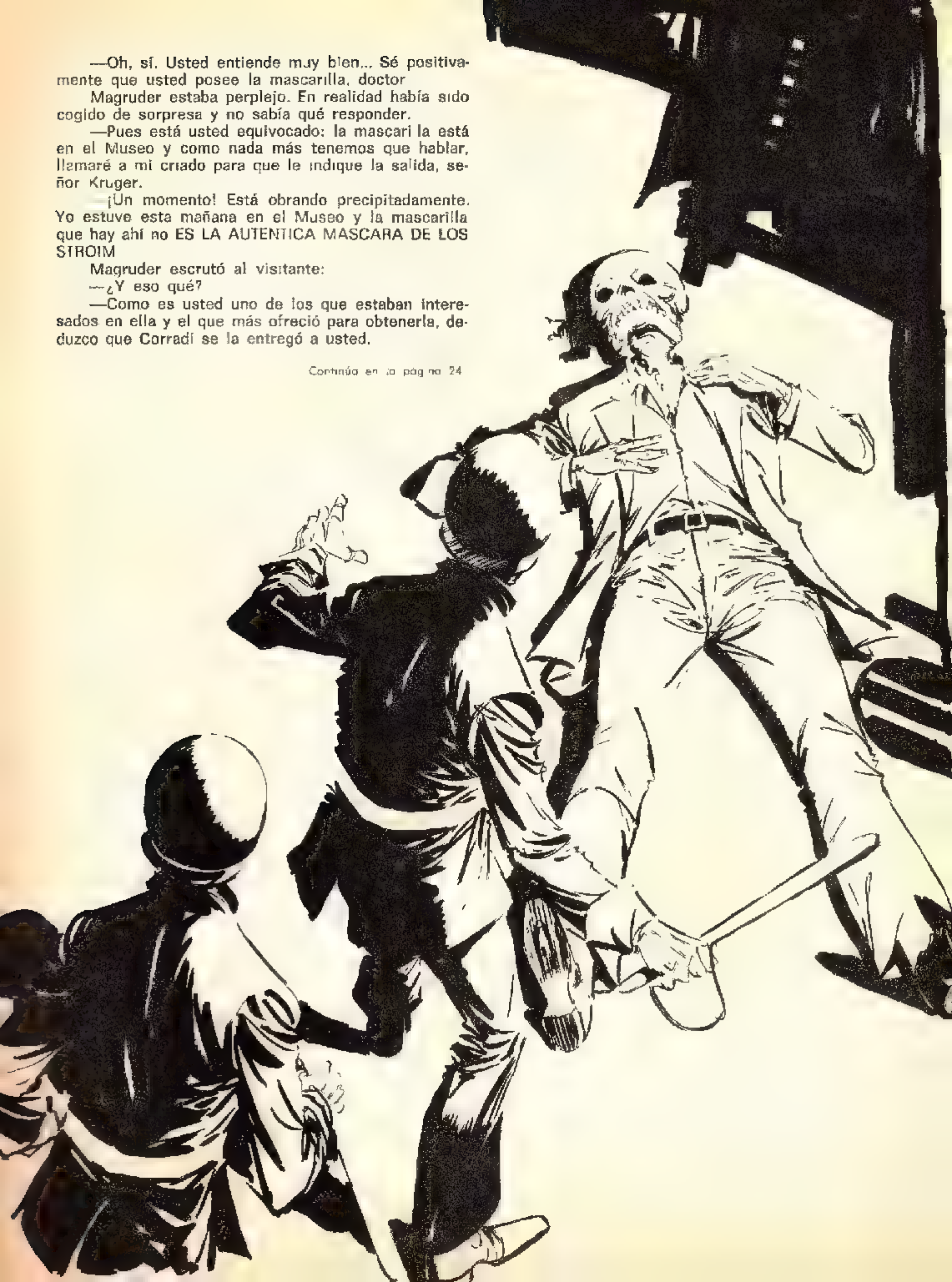
¡Un momento! Está obrando precipitadamente. Yo estuve esta mañana en el Museo y la mascarilla que hay ahí no ES LA AUTENTICA MASCARA DE LOS STROIM

Magruder escrutó al visitante:

—¿Y eso qué?

—Como es usted uno de los que estaban interesados en ella y el que más ofreció para obtenerla, deduzco que Corradi se la entregó a usted.

Continúa en la pág na 24



RECIÉN ADAMS SE DIO CUENTA DE QUE LAS RATAS LOS RODEABAN. HABÍA CIENTOS DE ELLAS Y PARECÍA QUE LLEGABAN MÁS DE TODAS PARTES.
¡AJ! ¡BESTIAS, FUERA DE AQUÍ!
CUANDO SE PUDO DESEMBARAZAR DE LAS HAMBRIENTAS RATAS, EL HOMBRE, TREPADO A UNOS CAJONES, ROMPIÓ EL CIELO RASO.
METIÓ MEDIO CUERPO EN EL AGUJERO Y LA LUZ DE SU LINTERNA BARRIÓ EL ENTRETECHO. UNA CANTIDAD ENORME DE RATAS SE REFUGIÓ EN SUS CUEVAS.
EN UN MOMENTO DADO LA LUZ CAYÓ SOBRE LOS MACABROS RESTOS DE UN HOMBRE. SENTADO JUNTO A UN COFRE DE HIERRO.
DESDE ABAJO LLEGÓ LA VOZ DE HELEN...
¿HAS ENCONTRADO ALGO, ROSTY?
¡UN ESQUELETO! ¡UN COFRE! POR TODOS LOS... ¡AHÍ DEBE ESTAR EL DINERO, HELEN!

HACIENDO CASO OMISO DE LAS RATAS QUE SE ATREVÍAN YA A REPTAR POR SOBRE SU CUERPO, ADAMS SE ARRASTRÓ HASTA EL COFRE, QUE ASIÓ CON MANO TRÉMULA, MIENTRAS EL ESQUELETO CAÍA A UN LADO CON UN RUIDO ESCALOFRIANTE.
Y RÁPIDAMENTE ADAMS BAJÓ.
¡SOY RICO, HELEN! ¡SOY RICO!
SOMOS RICOS, QUERRÁS DECIR...
EL HOMBRE ABRIÓ EL COFRE. LAS RATAS ESTABAN ENVALENTONADAS Y AHORA SE APROXIMABAN A AMBOS SIN TEMOR ALGUNO...
¡MIRA! ¡MIRA! ¡UN MILLÓN DE DÓLARES EN BILLETES!
ROSTY, ¿NO TE HAS PREGUNTADO DE QUIÉN PUEDE SER EL ESQUELETO QUE HAY EN EL ENTRETECHO?
¿EH? ¡QUÉ ME PUEDE IMPORTAR ESO! YO...
ADAMS NO CONTINUÓ. SUS OJOS HABÍAN BAJADO A LAS MANOS DE HELEN.
¡HELEN! ¿QUÉ SIGNIFICA ESE REVÓLVER?
¡JA, JA! NO ME DIRÁS QUE NO SABES QUÉ HACE UN REVÓLVER, ROSTY.

EL ESQUELETO DE ARRIBA ES EL DE TURK, ROSTY, EL COMPINCHE DE MIKE. ÉL SE HALLA AHORA ARRIBA Y ESTUVO SIEMPRE AHÍ DESDE QUE YO LO PUSE A GUARDAR MI DINERO.
¿TÚ... TÚ MATASTE A TURK?
SÍ, DE LA MISMA MANERA QUE TE MATARÉ A TI, EN EL ACTO.
ADAMS SINTIÓ QUE SUDABA FRÍO. LAS RATAS, PRESINTIENDO ALGO, SE ARREMOLINABAN EN TORNO A LOS PROTAGONISTAS.
ESCÚCHAME, HELEN, CREO QUE ESTÁS COMETIENDO UN ERROR.
NO COMETO NINGÚN ERROR, ROSTY. TIENES QUE PAGAR POR ESTO QUE ME HICISTE EN LA MANO.
TE ASEGURO QUE NO LO HICE CON LA INTENCIÓN DE...
ENTONCES SUCEDIÓ ALGO IMPREVISTO: UNA ENORME RATA SALTÓ A LA CARA DE HELEN, LA QUE, LANZANDO UN GRITO DE ASCO Y ESPANTO, RETROCEDIÓ AL TIEMPO QUE DISPARABA SU ARMA.
¡BANG!

TODO SUCEDIÓ TAN REPENTINAMENTE, QUE ROSTY NO PUDO ESQUIVAR EL PROYECTIL Y, DOBLÁNDOSE SOBRE SÍ MISMO, COMENZÓ A CAER.
¡AAA... AAGG
¡MALDITA PERRA!
TARDE O TEMPRANO IBA A SUCEDER, ROSTY.
TE QUEDARÁS AQUÍ, ELLAS, LAS RATAS, TERMINARÁN CON TU EXISTENCIA.
¡NO! ¡ESO NO! ¡NO ME CONDENES A ESA MUERTE, HELEN!
¿QUÉ HABRÍAS HECHO TÚ? ¿ME HABRÍAS PERDONADO LA VIDA, ROSTY? ¡JA, JA!
HELEN, NO... NO QUIERO NADA DE ESE DINERO. LLÉVATELO TODO, PERO AYÚDAME A SALIR DE AQUÍ.
Y ADAMS CAYÓ AL SUELO. LA SANGRE QUE MANABA DE SU VIENTRE MANCHABA LAS ROPAS; EL OLOR PONÍA FRENÉTICAS A LAS RATAS.

EL ROSTRO DEL HOMBRE QUEDÓ PEGADO AL SUELO. SUS OJOS ESTABAN VIENDO AHORA COMO VARIAS RATAS ENORMES SE ACERCABAN... EN BUSCA DE ALIMENTO.
¡HE...HELEN! ¡POR PIEDAD! ¡NO DEJES QUE ME DEVOREN! ¡MÁTAME DE UN TIRO, PERO NO DEJES QUE ME DEVOREN VIVO!
HELEN HABÍA LLEGADO A LA PUERTA DESPUÉS DE DESEMBARAZARSE A PUNTAPIÉS DE ALGUNOS ROEDORES Y MIRÓ A ROSTY.
¡HELEN! ¡HELEEN!
ALGO DEBIÓ SENTIR LA MUJER EN LO PROFUNDO DE SU ALMA, PUES VOLVIENDO SOBRE SUS PASOS EXTRAJO EL REVÓLVER...
ESTÁ BIEN, ROSTY. NO TE DEVORARÁN VIVO.
LOS PIES DE LA MUJER SE DETUVIERON A ESCASOS CENTÍMETROS DE LA CARA DEL MORIBUNDO...

ENTONCES LAS MANOS DE ADAMS SE AFERRARON CON FURIA A LAS PIERNAS DE ELLA.
¡BANG!
¡A-GG!
¡PERRA! CREÍAS HABERME DERROTADO, ¿EH?
LA DESESPERACIÓN POR VIVIR DABA FUERZAS A ADAMS PARA LUCHAR, PESE A SU HERIDA. DE DOS GOLPES DE PUÑO DEJÓ FUERA DE COMBATE A LA MUJER...
PERO EL ESFUERZO HABÍA SIDO EXTRAORDINARIO. LA HERIDA DEJÓ ESCAPAR SANGRE EN ABUNDANCIA Y SU OLOR ENFURECÍA A LAS RATAS...
UN SINNÚMERO DE ROEDORES LOS RODEABA. ROSTY VIO COMO TRES O CUATRO DE ELLOS TREPABAN A LA CABEZA DE HELEN. ATERRADO, INTENTÓ PONERSE DE PIE, PERO LAS FUERZAS LE FALLARON...

LANZANDO UN GEMIDO DE DOLOR Y ESPANTO, VIO COMO UN EJÉRCITO DE RATAS ESTABA CUBRIENDO LAS PIERNAS, CINTURA Y PARTE DEL TÓRAX DE LA MUJER...
Y CON OJOS ESPANTADOS, SIN PODER APARTARLOS DE LA DANTESCA ESCENA, EL BANDOLERO VIO Y OYÓ EL FESTÍN DE LAS RATAS.
¡NOOOO! ¡SOCORRO!
LUEGO, AGUDOS DIENTES SE HINCARON EN SUS PANTORRILLAS. OTROS LE DESGARRABAN EL ABDOMEN...
EL DOLOR ERA LACERANTE. ROSTY, EN UN SUPREMO ESFUERZO, PEDÍA AUXILIO, PERO ¿QUIÉN PODRÍA OÍRLO? SÓLO LAS RATAS, QUE SE HARTABAN CON SU CARNE...

CIERTO DÍA LA POLICÍA IRRUMPIÓ EN LA CABAÑA SOLITARIA Y LO QUE SUS HOMBRES VIERON FUERON DOS ESQUELETOS, UNO DE MUJER Y OTRO DE HOMBRE TOTALMENTE DESPROVISTOS DE CARNES...
Y ALREDEDOR DE ELLOS, ESPARCIDOS, ROÍDOS, UN MILLÓN DE DÓLARES EN BILLETES DE BANCO, QUE YA NO SERVIRÍAN A NADIE.
CUANDO LOS REPRESENTANTES DE LA LEY SE RETIRARON, ASQUEADOS POR LO QUE ACABABAN DE VER, LAS RATAS, FAMÉLICAS, LOS SIGUIERON CON LA MIRADA DE BESTIAS FEROCES.
¿CUÁNTO TENDRÍAN QUE ESPERAR PARA OTRO FESTÍN?
FIN

LA MASCARA

Viene de la página 15

—Corradi está muerto...

—También lo sé. Hablé con él la mañana que regresó del Museo con la máscara robada, doctor. Le ofrecí la misma cantidad que usted le ofreció, pero rehusó vendérmela. Dijo que usted era muy buen cliente para hacerle una cosa así... ¡Un ladrón honesto, como usted ve! ¿Es suficiente todo esto para que me preste un minuto de atención?

El parasicólogo meditó unos instantes y luego indicando una puerta, invitó

—Pase por aquí, por favor.

Poco después ambos hombres estaban sentados en un elegante estudio

—¿Quién es usted en realidad? —inquirió éste.

—Ya se lo dije: soy Franz Kruger, policía particular y ando tras la mascarilla de Stroim. Sé que está en su poder y sé también que TARDE O TEMPRANO ACABARA CON USTED, doctor.

—¿Investiga también la muerte de Corradi?

—¡No! Eso concierne a la policía londinense.

—¡Hable claro!

—Bien. Deduzco que Corradi no alcanzó a entregarle la máscara a usted, doctor, antes de morir. Usted se apoderó de ella cuando descubrió su cadáver carcomido. ¿Me equivoco?

—Prosiga...

—De haberle entregado la mascarilla ANTES, Bert Corradi estaría vivo ahora.

—¿Qué quiere decir? —Magruder se echó adelante en la silla. Comenzaba a interesarle Kruger.

—Doctor Magruder, usted no tiene la menor idea del peligro que corre reteniendo esa mascarilla en su poder.

Magruder trocó su actitud interesada por otra de escepticismo y espetó:

—Kruger, no sé si usted es un fabulista pintoresco o un pillo de marca mayor.

—Ni lo uno ni lo otro. Conozco bastante acerca de esa mascarilla, pues estuvo en poder de mi hermano Otto y... ¡él también murió como Corradi!

Magruder estaba perplejo. ¿Debía creer lo que le decía Kruger? o ¿simplemente deseaba arrebatarle la pieza de colección de inapreciable valor intrínseco que constituía la máscara de los Stroim? El policía alemán lo sacó de su abstracción.

—Sé en lo que está pensando —dijo con calma—. Pero le aseguro que esa máscara es maligna, doctor.

—¿Infiere que existe alguna relación entre ella y las muertes de Corradi y de su hermano?

—¡Lo creo! Esa mascarilla posee en sí misma algo siniestro y maléfico.

—¿Fue testigo usted de la muerte de su hermano? Siendo así, ¿cómo murió? —apremió Magruder.

—No, no fui testigo. Encontré a Otto tendido frente al espejo de su alcoba, con la cabeza monda La mascarilla había desaparecido: un año después supe que estaba aquí en Londres, en el Museo.

—¿Cómo llegó aquí?

Kruger meditó unos instantes:

—Pienso que ESO posee el don de la traslación, doctor Magruder. La mascarilla tiene vida propia, de eso no me cabe la menor duda ya.

Magruder enarcó las cejas. ¿Estaba frente a un loco? Kruger sonrió tristemente al agregar.

—Cuando murió mi hermano, nadie más había cerca de él Yo fui el primero que llegó a su lado y... la máscara no estaba ahí.

—Siendo así, ¿cómo es que no ha huido por sí misma del Museo?

—Porque la falta de su alimento la paraliza, Magruder.

—¿A qué alimento se refiere?

—¡Carne y sangre!

El parasicólogo se movió incómodo en su sillón. Luego preguntó a Kruger:

—¿Quiénes eran los Stroim? ¿Lo sabe usted?

—No tengo mayores informes del barón y sus descendientes, pero mi hermano Otto se interesó por ese personaje.

—¿Era su hermano ocultista? —indagó Magruder.

—¡No! ¡Era sacerdote católico!

—¡Oh! ¿Y qué buscaba él en Stroim y su mascarilla?

—Según lo que pude entenderle, en esas raras ocasiones en que me hablaba de sus investigaciones, fue que Stroim era la encarnación de las cosas abominables del mundo, Magruder. Stroim descendía de una familia entroncada con Segismundo de Morh, un caballero templario o fraile guerrero, como usted quiera. No voy aquí a darle una clase de historia, pero cuando estos caballeros se separaron de la Iglesia, se dedicaron a adorar a un ídolo que llamaron Bafomet. Ahora bien, según mi hermano, el último de

los templarios fue Segismundo de Mohr, que ocultó en su propia tumba el paño púrpura con que solían cubrir el ídolo en algunas ocasiones. De ese género está fabricada la mascarilla de Stroim

—¡Ah! Entonces es dable suponer que el espíritu infernal de Bafomet vive en esa tela, ¿es ésa la conclusión a la cual llegó su hermano?

—Algo así, doctor, aunque él jamás me lo dijo. Cuando por fin pudo encontrar la máscara, ésta lo mató.

Magruder se puso de pie y se paseó pensativo por el estudio.

—Hablemos claro, Kruger —dijo, deteniéndose frente al alemán— Supongamos que yo tenga en mi poder esa máscara, ¿pretende comprármela?

¡Sí..., pero para destruirla! Es que no se da cuenta de lo peligrosa que resulta .. ahora.

—¿Por qué AHORA?

—Porque se ha nutrido; se ha revitalizado. Si usted la tiene, le ruego que me deje verla; estoy seguro de que ya no es la misma que usted sustrajo de la habitación de Corrad..

El parasicólogo miró a su interlocutor con ira.

—Yo no sustraje nada; yo pagué por ella

¡Ah! ¡Entonces la tiene usted. Eso está mejor. Déjeme verla doctor.

—Yo no he dicho que la tenga en mi poder, Kruger —Magruder se alisó los cabellos—. Y ahora, creo que no tenemos nada más que hablar

El alemán se puso de pie.

—¿Me despide?

—Mi tiempo es muy valioso, Kruger.

—Muy bien; pero le ruego que piense lo que hemos conversado y me conceda una nueva entrevista. —Magruder había abierto la puerta del estudio, invitando a Kruger a salir con un ademán cortés.

—Si decido algo sobre el particular, se lo haré saber pero quiero que sepa que la mascarilla NO ESTA EN MI PODER.

—Lo siento por usted, doctor —Kruger parecía apesadumbrado—. Nos volveremos a ver.

Cuando el alemán hubo abandonado la casa, Magruder llamó a su criado.

—Louis, siga a ese hombre y no lo pierda de vista.

Poco después Magruder volvía a su estudio sin poder dejar de pensar en Franz Kruger y sus revelaciones. Se dirigió a un estante; lo abrió, retirando de él la mascarilla púrpura. Se sentó junto a su escritorio y la contempló largamente

"No sé si me he dejado impresionar por Kruger, pero esta máscara ha adoptado otra expresión", —murmuró.

Efectivamente; las ranuras que servían de ojos parecían en verdad contenerlos y éstos miraban malignamente al parasicólogo. Magruder sacudió la cabeza, oprimiéndose los lagrimales, mientras depositaba la máscara sobre la mesa. Se sentía muy cansado; inclinó la cabeza y segundos después estaba profundamente dormido.

Despertó cuando el reloj daba las ocho de la noche y Louis entraba en el estudio.

—Perdón, doctor... —dijo el fámulo.

—Adelante, Louis.

—Seguí al hombre como usted me ordenó durante casi todo el día. Visitó el Museo de Londres, luego la Abadía y por último la Biblioteca, donde se dedicó a leer algunos libros de hechicerías, misas negras, demonología, etc... Cuando se hubo cansado, salió y yo tras él. Habríamos caminado unos pasos cuando, inesperadamente, el hombre giró sobre sus talones, dirigiéndose directamente a mí y me dijo:

"—¿Usted me sigue?

"—Yo quedé sin saber qué hacer ni qué decir. Cuando reaccioné, respondí: 'Este..., bien, sí. Lo sigo por orden de mi amo, el doctor Magruder.

"—Supongo que tendrá en gran estima al doctor, ¿verdad? Si es así, destruya la mascarilla que él posee y hágalo cuanto antes. Si no la destruye, él morirá.

"—¿De qué me está hablando?

"—Haga como le digo, amigo; destruyendo la máscara de Stroim, salvará a su amo. El no ha querido escucharme, pero seguramente a usted le prestará más atención."

—Yo estaba perplejo, doctor, y le pedí que fuera más explícito El hombre me invitó entonces a acompañarlo a su casa. Una vez ahí, me habló de esa cosa y de su malignidad. Louis indicaba la mascarilla sobre el escritorio.

—¿En qué consiste esa malignidad?

—En que se alimenta de las carnes y sangre de aquellos que se atreven a ajustarla a sus rostros .

Magruder sonrió divertido·

—¡Ajá! ¿Y usted, Louis, creyó eso?

—¡Por supuesto que no, doctor!

En ese momento sonó el teléfono. Magruder despidió a Louis con un ademán mientras descolgaba el auricular. ●●●

LA MASCARA

●●●

—Doctor Magruder, habla .. ¡Ah! Es usted teniente Johnson... ¿Cómo dice?.. ¡Oh, no!... ¿Está usted seguro?... ¡Gran Dios!

¿Qué sucedía?

En la sala de autopsias de la morgue, el forense y su ayudante Patterson se preparaban para practicar la necropsia en Corradi. Estaba a punto de iniciar su trabajo, cuando el ronco timbre del citófono se dejó oír. Patterson acudió:

—Es para usted, doctor. Su esposa lo espera arriba.

—¡Puf! Dígale que subo enseguida. —Malhumorado, el médico se quitó los guantes— Comience Ud., Patterson. Vuelvo enseguida.

—Sí, doctor.

El ayudante trabajó expertamente y cuando tomaba el costotomo para separar el esternón, notó aquello: El brazo del yacente se había recogido subiendo hasta el pecho.

Patterson pensó que debía ser alguna contracción muscular.

Se volvió para coger una robusta pinza y entonces el cadáver se incorporó. Un par de garras se hincaron en el cuello de Patterson, quien, sorprendido y aterrado, intentó gritar pidiendo auxilio, pero sólo llegó a emitir ahogados sonidos entrecortados. Cuando las zarpas soltaron la presa, Patterson era un cadáver más en la fría morgue. El extraño ser, iluminado por las luces, se encaminó hacia la salida, con la piel y las carnes del pecho colgando, bamboleando la monda cabeza, a paso laxo y silente.

Preocupado Magruder colgó. Estaba consternado por lo que le contara el teniente Johnson que en síntesis era la extraña desaparición del cadáver de Corradi y el asesinato de Patterson.

Sin comprender del todo lo que sucedía, alzó la mascarilla, sosteniéndola entre las manos. Sintió que aquella cosa tenía una consistencia muy diferente a la que suele tener un trozo de género.

—¿Puedes volver a la vida alimentándote de los seres humanos que te posean? ¿Cuál es tu misterio? —Mientras susurraba estas preguntas sintió que la cosa parecía estremecerse entre sus dedos; un irresistible deseo de colocársela se hizo imperioso en Magruder. Vio brillar algo semejante a ojos por entre las ranuras, mientras una mueca de salvaje sed retorcía la comisura de terciopelo. —¡Lo descubriré, lo descubriré! —y así diciendo, Magruder se llevó la máscara a la cara, entonces... el chasquido de la puerta del estudio al cerrarse, interrumpió la escena.

—¿Qué quiere aquí, Louis? —El tono era malhumorado.

Louis estaba de pie de espaldas a la puerta mirándolo con expresión alarmada

—¡La.. la comida está lista, doctor! —Sus ojos iban de la mascarilla al hombre.

—Está bien, voy al momento.

Louis vaciló, pero la mirada ardiente de Magruder lo obligó a salir. El parasicólogo inclinó la cabeza sobre el pecho: el hechizo estaba roto. Sin mirarla a los ojos, Magruder guardó la máscara en el armario.

Esa misma noche, cuando el reloj de alguna igle-

sia cercana daba las veintitrés, un hombre avanzaba por la desierta calle rumbo a la casa del doctor Magruder. El paso del sujeto era cadencioso, silencioso; era como un andar automático de piernas cuyos pies descalzos no obedecieran a los impulsos del cerebro.

Se detuvo junto a la verja de la casa En ese momento un policía de facción se acercaba al lugar y no perdía de vista los movimientos de aquel hombre calvo y descalzo. Este, al parecer, no se había percatado de la presencia del policía; probó abrir la verja, pero estaba cerrada con llave, entonces comenzó a trepar por ella como si fuese lo más natural del mundo. El representante de la ley decidió intervenir y aferrando su bastón de reglamento avanzó presuroso:

—¡Eh, amigo! ¿Qué diablos hace? ¿Es usted morador de esta casa?

Lentamente la cabeza calva giró hacia el policía; el espanto del hombre no tuvo límites, pues estaba viendo ante sí una cara corroída, cuyos ojos hundidos en las órbitas lo miraban malignamente y antes que pudiera evitarlo, el mónstruo se arrojó sobre él.

Louis se sentó en la cama poniendo atención. Le pareció haber escuchado un ruido en el estudio del doctor. Se calzó las pantuflas y se puso un **robe de chambre** saliendo de su cuarto en la planta baja. Subió en la oscuridad hasta el descanso superior: todo era silencio. Louis pensó que pudo haberse equivocado. Cuando se disponía a regresar a su dormitorio, volvió a oír aquello más distintamente. Se acercó en sigilo pegando el oído a la madera de la puerta. Nada. Silenc o absoluto

"—¡Sin embargo, yo acabo de oír algo aquí!' —se dijo.

Sin vacilar entró; la oscuridad era tan densa ahí como en el pasadizo. Louis sintió un desasosiego inexplicab e, como si algo o alguien lo estuv era acechando desde algún punto. Encendió la lamparilla de la mesa de trabajo del doctor; buscó con la mirada la procedencia del ruido. Pero en la habitación no había nada ni nadie. Pero entonces su mirada cayó en el estante donde Magruder guardaba la mascarilla: la puerta estaba abierta. Intrigado, Louis se acercó:

'—¡Vaya! No creo que el doctor la haya dejado abierta. Debe haber estado él aquí, entonces." —Alzando la voz, llamó—:

—¿Doctor, está usted aquí? —No obtuvo respuesta. Se acercó al estante: ahí estaba la máscara de que le hablara Kruger; la que viera en manos de Magruder. Con un movimiento que no le pareció suyo, la tomó sacándola. La contempló unos segundos: aquella cosa no parecía de género. Sus dedos temblaron, su cerebro se llenó de una voz vibrátil que le ordenaba colocárselo. Con un movimiento nervioso, lento, Louis se la llevó al rostro y apenas sus dedos la ajustaron sintió que algo le destrozaba las carnes arrancándosela, succ onándo'a El dolor le hizo lanzar alaridos, pero que apenas si podían ser escuchados, porque el paño los ahogaba convenientemente: Louis intentó hu r, pero no pudo encontrar la puerta. Tropezó con una silla y cayó de bruces, bajo su cabeza cayeron gotas de sangre ..

—¡Doctor Ma... Magruder! ¡Soc... corro! ¡Me está mat...! ¡Aaaggggg!

Quiso arrodillarse, intentando quitarse aquella ●●●

LA MASCARA

●●●

cosa que lo despedazaba, pero no lo logró y con un último estertor Louis quedó inerte.

Magruder se levantó del lecho al oír aquel ruido en su gabinete. Echándose una bata sobre los hombros salió, dirigiéndose hacia él. La puerta estaba abierta; se detuvo en el umbral, pero en el interior todo era silencio.

—Louis, ¿es usted? ¿Es usted, Louis?

Louis no podría responder jamás, pero eso Magruder lo ignoraba. Entró encendiendo la luz.

—¡Louis! ¡Gran Dios!

En el suelo yacía Louis; lo reconoció por sus ropas, con el cráneo limpio de carnes. Angustiado, Magruder se arrodilló junto a su criado.

—¡Louis, Louis, por Dios!

Presa de una aterradora sospecha, volvió la mirada hacia el estante. Estaba abierto y la mascarilla no estaba dentro.

Rápidamente se puso de pie; él estaba seguro de haberla dejado en ese lugar. ¿Dónde estaba ahora? En ese momento el aullido del perro de la casa vecina lo estremeció de pies a cabeza. Miró por la ventana y vio a la luz de la luna aquella silueta humana que parecía caída cerca de la verja. Sin pensarlo dos veces, Magruder salió corriendo. Al llegar a la verja, la sangre huyó de sus venas: en el suelo había un policía caído, muerto sin duda.

—¡Permítame ayudarlo, doctor!

La voz le hizo levantar la cabeza; de entre las sombras cercanas emergía Franz Kruger...

—¿Qué hace usted aquí a estas horas? —preguntó Magruder, incorporándose.

—Me parece que su situación es asaz comprometida.

—¿Usted vio al hombre que huyó de mi casa?

—No, no lo he visto. Si ha habido alguien que se introdujo en ella sin que usted lo supiera, es el mismo que asesinó a este policía... si es que no lo mató usted, doctor. —Los ojos del alemán se clavaron en Magruder.

—¡Tonterías! Tropecé con él cuando corría tras el ladrón.

—¿Ladrón? ¿Ladrón de qué? ¿Le robó la mascarilla acaso?

—No sé; no lo averigüé. Es necesario avisar a la policía.

—Usted no sabe lo que dice, doctor. La policía relacionará este cadáver con el de Corradi y usted será encarcelado irremisiblemente.

Magruder dejó caer la cabeza sobre el pecho en un gesto de profundo abatimiento. Su voz apenas fue un hilillo de desesperanza y miedo al decir:

—Sí, sí. Tiene razón. La policía relacionará la muerte de Corradi y la de Louis.

—¿Qué dice? ¿Quién es Louis?

—Mi criado. Lo encontré muerto y corroído. Me siento mal, Kruger.

—**Liebe Mutter!** Está bien. Es necesario quitar este cuerpo de aquí, y llevarlo al garaje. Ayúdeme, Magruder.

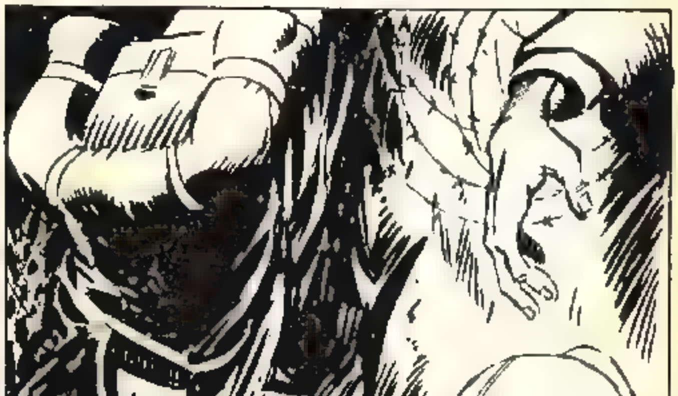
Rápidamente los dos hombres condujeron el cuerpo del policía al garaje, encerrándolo en él. Magruder estaba desfalleciente y una vez dentro de la

Continúa en la pág. no 45

JUDITH Y HOLOFERNES

LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL ESTABA EN SU APOGEO. LAS FUERZAS DEL KAISER ARROLLABAN AL ENEMIGO POR DOQUIER...

LOS ALEMANES GANABAN HASTA ESE MOMENTO LA GUERRA, PORQUE AÚN NO LLEGABA EL INSTANTE DE VERDÚN.



ERA UN PEQUEÑO VILLORRIO, DE CUYO NOMBRE NADIE PARECE ACORDARSE HOY. QUIZÁS YA NO EXISTA. LOS SOLDADOS ENEMIGOS DESFILABAN POR LA ÚNICA CALLEJA DEL PUEBLO RECIÉN CONQUISTADO.
UN OFICIAL FORMÓ SU BATALLÓN FRENTE A LO QUE PARECÍA LA PLAZA DEL PUEBLO...
TIENEN FRANCO POR VEINTICUATRO HORAS, SOLDADOS. ¡ROMPAN FILAS!
EL OFICIAL Y SU ASISTENTE BUSCARON UNA CASA DONDE ALBERGARSE.
DUDO QUE LA ENCONTREMOS, FRANZ.
YO TAMBIÉN LO DUDO, MI MAYOR.
TODOS NOS MIRAN CON ODIO POR ENTRE LOS VISILLOS. ¿QUÉ CULPA TENEMOS NOSOTROS? ES LA GUERRA LA QUE NOS OBLIGA A MATAR. NOSOTROS NADA TENEMOS CONTRA ESTAS GENTES. ¿PIENSA ASÍ, FRANZ?
NI MÁS NI MENOS, MI MAYOR.

¡AJÁ! AHÍ HAY ALGUIEN, QUE NO SE ESCONDE. ÉSE NO NOS TEME. VAYA Y SOLICITE DOS CAMAS, FRANZ.
A SU ORDEN, MI MAYOR.
EL OFICIAL VIO CÓMO SU ORDENANZA GESTICULABA ANTE EL ANCIANO, QUIEN MOVÍA LA CABEZA NEGATIVAMENTE, AL TIEMPO QUE INDICABA CON EL PULGAR EL INTERIOR DE LA CASA.
CUANDO LA CONVERSACIÓN HUBO CONCLUIDO, EL SOLDADO REGRESÓ DONDE SU SUPERIOR.
PERMISO, MI MAYOR. EL ANCIANO SE NIEGA A ALBERGARNOS.
¿SE NIEGA? ¿CÓMO ES POSIBLE?
DICE QUE ES PELIGROSO ALBERGAR A ALGUIEN EN SU CASA, PUES... PUES...
¿PUES? ¡HABLE, SOLDADO!
DICE QUE TIENE A LA MUERTE EN SU CASA Y ¡ES... PELIGROSA!
¡TEUFEL! ¿DE QUÉ DEMONIOS HABLA, FRANZ? SE DEJA USTED EMBAUCAR.

ACTO SEGUIDO EL OFICIAL SE ACERCÓ AL ANCIANO.
GUTEN MORGEN. ME DICE MI ORDENANZA QUE USTED SE NIEGA A HOSPEDARNOS. SOMOS SOLDADOS ALEMANES QUE OCUPAMOS ESTE PUEBLO. ES BUENO QUE LO RECUERDE.
LO SÉ, OFICIAL ENEMIGO, LO SÉ. PERO ES PELIGROSO HOSPEDARSE EN MI CASA. LA MUERTE ESTÁ DENTRO.
LA MIRADA DEL VIEJO SE HIZO VAGA.
ESTAMOS ACOSTUMBRADOS A VER LA MUERTE CARA CARA, ANCIANO. NO NOS ASUSTAN SUS PALABRAS.
PERO SU ORDENANZA SÍ SE ASUSTÓ.
EN NOMBRE DE LAS TROPAS DE OCUPACIÓN, SOLICITO ALBERGUE.
NO EN ESTA CASA. LA MUERTE HA PEDIDO ALBERGUE PRIMERO, OFICIAL ENEMIGO.
EL ORDENANZA HABLÓ EN ALEMÁN A SU SUPERIOR.
ESTE HOMBRE ESTÁ LOCO, MI MAYOR.
¡HUM! PUEDE SER.

EN ESE MOMENTO UN CAMIÓN CON SOLDADOS SE DETUVO FRENTE A LA CASA.
SOY YO, TENIENTE.
¿MAYOR RICHESTEIN?
TENIENTE HOFFER. DEL QUINTO BATALLÓN MOTORIZADO. DESTACADO EN AVANZADA. PERMÍTAME INFORMARLE QUE EN ESTE PUEBLO HAN SIDO ASESINADOS CUATRO DE NUESTROS SOLDADOS.
¿ASESINADOS?
ASÍ ES, MI MAYOR. HAN SIDO ENCONTRADOS EN LA PLAZA CON LA GARGANTA CERCENADA.
¿SE SABE QUIÉN LO HA HECHO?
NO, MI MAYOR. ESTOY ESPERANDO ÓRDENES DEL COMANDO, PERO SE ME HA DICHO QUE LAS RECIBA DE USTED, SEÑOR.
LA PLAZA ESTÁ A CINCUENTA METROS DE AQUÍ, MI MAYOR. SI LO DESEA, PUEDO MOSTRARLE EL ÚLTIMO DEGOLLADO.
ADELANTE, TENIENTE.

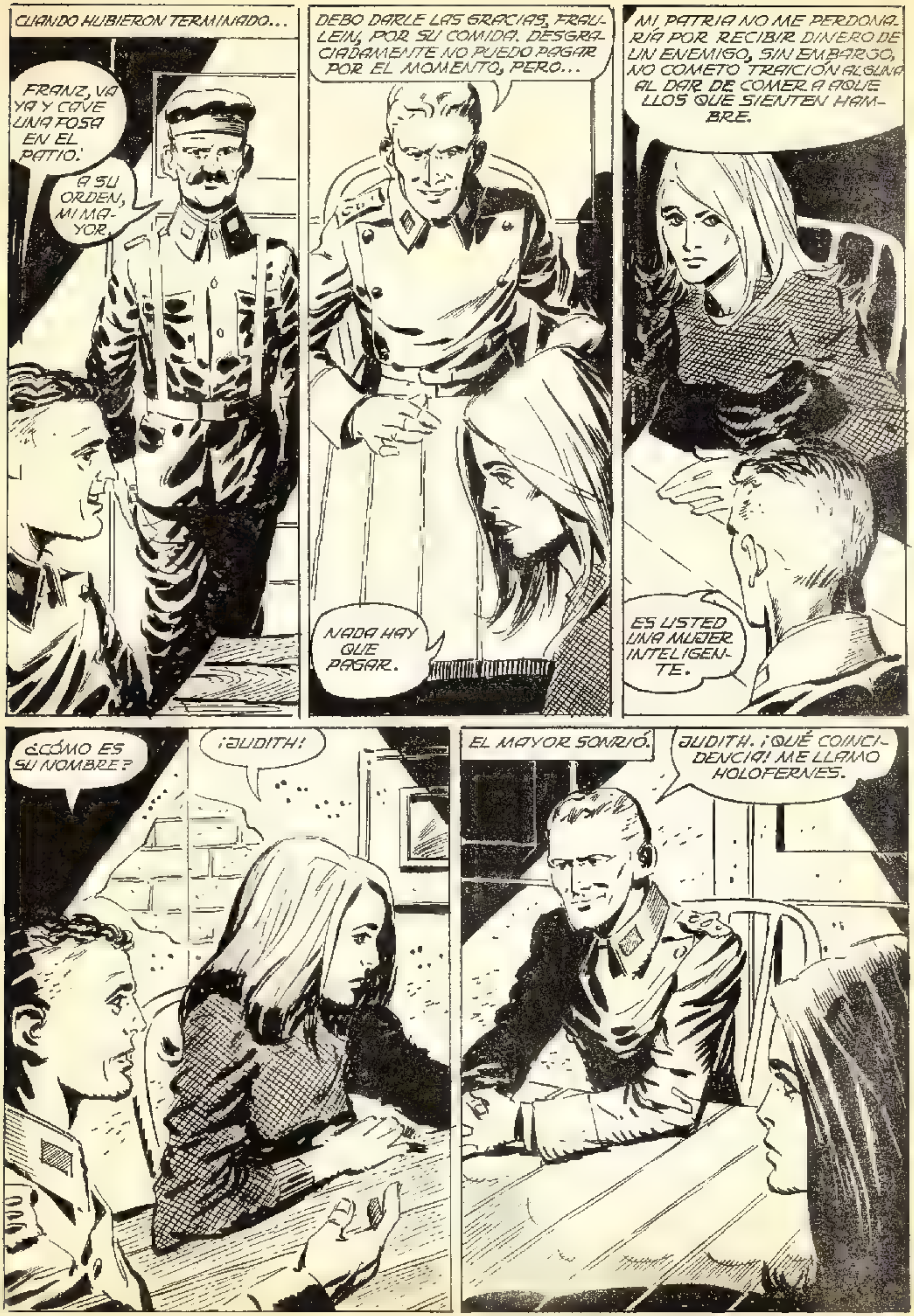
LOS ALEMANES SE DETUVIERON JUNTO A UNA FUENTE NATURAL EN MEDIO DE LA MISERABLE PLAZA.
AHÍ ESTÁ, MI MAYOR. NO HEMOS QUERIDO REMOVERLO HASTA QUE USTED LO VIESE.
CUANDO EL CUERPO FUE RETIRADO DE LAS AGUAS...
VEA SU GARGANTA, MI MAYOR.
¡HUM! UNA HERIDA DE BAYONETA.
SÍ, MI MAYOR. AGUARDO SUS ÓRDENES.
¡SEPÚLTENLO! TENIENTE HOFFER, ME HOSPEDARÉ EN LA CASA DE ESE ANCIANO. VÉAME AHÍ MAÑANA. PENSARÉ LO QUE DEBA HACERSE.
A SU ORDEN, MI MAYOR.
DECIDIDAMENTE EL MAYOR SE DIRIGIÓ A LA CASA, Y ESTA VEZ, SIN MIRAMIENTO ALGUNO, PENETRÓ EN ELLA.
¡NO! ¡NO! ¡NO ENTREN! ¡POR FAVOR! LA MUERTE... ¡LA MUERTE ESTÁ AQUÍ!

ESCÚCHEME ANCIANO, CUATRO DE NUESTROS SOLDADOS HAN SIDO ASESINADOS EN ESTE PUEBLO. NO PONGA A PRUEBA MI PACIENCIA. SI NO QUIERE QUE DESENCADENE UNA CATÁSTROFE.
LOS ALEMANES ENTRARON SEGUIDOS DEL VIEJO, QUE SE RETORCÍA LAS MANOS NERVIOSAMENTE. LA CASA ERA POBRE Y SU ENTRADA DABA DIRECTAMENTE A LA COCINA.
UNA MUJER JOVEN, SENTADA A UNA MESA, LEVANTÓ LA MIRADA.
GUTEN MORGEN, FRAULEIN.
LA MUCHACHA VOLVIÓ A DEJAR CAER LA CABEZA SOBRE LAS MANOS Y NO SE MOVIÓ MÁS.
ELLA ES MI HIJA, LA MENOR. OFICIAL ENEMIGO, ESCÚCHEME: TENGO A LA MUERTE EN MI CASA. SE LO ADVIERTO POR VUESTRO PROPIO INTERÉS.
PROPORCIÓNENOS DOS CAMAS. UNA PARA MÍ Y OTRA PARA MI ORDENANZA.
ES QUE...

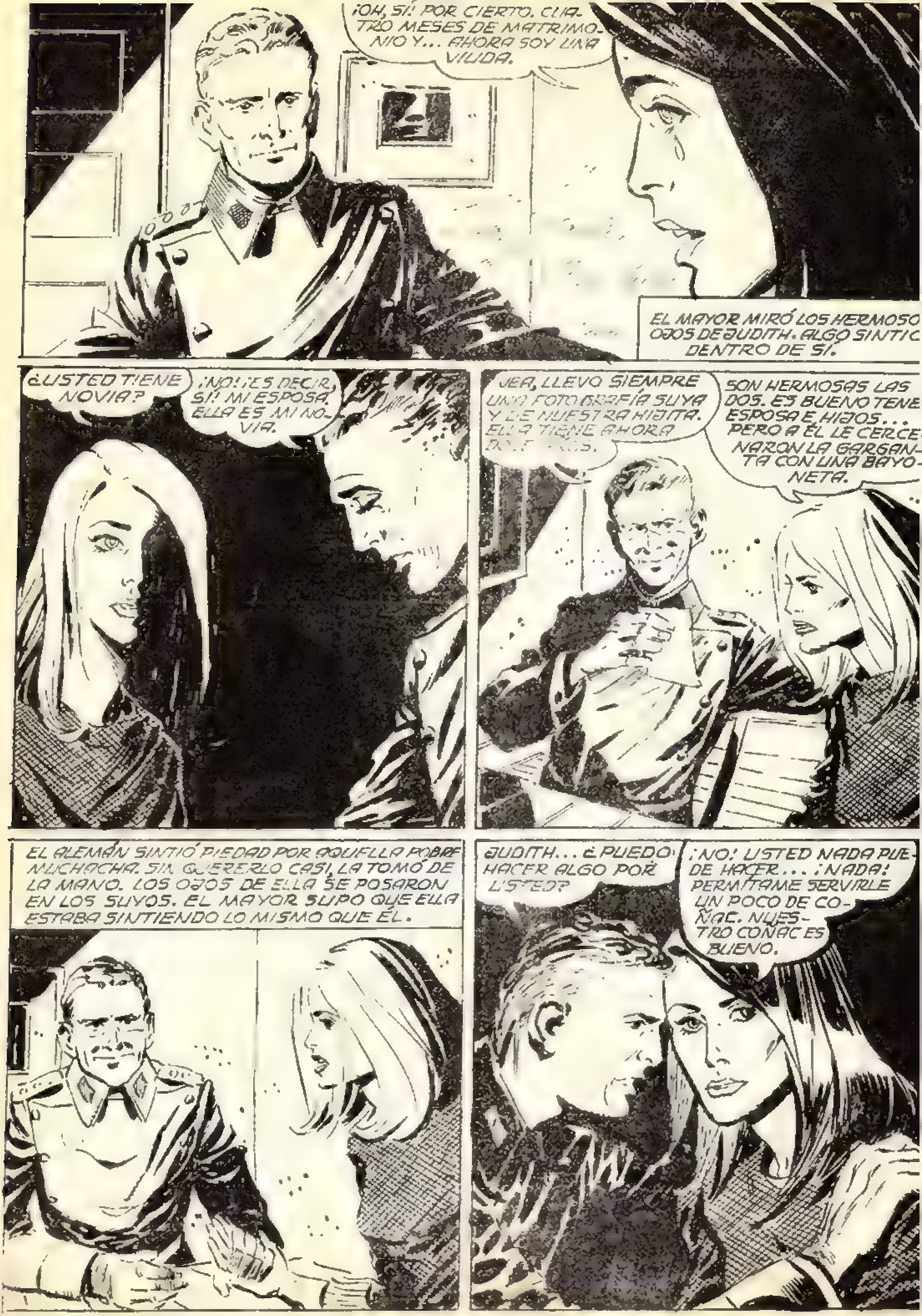
YO LAS PREPARA-RÉ, PAPÁ.
¡HIJITA!, ¡POR DIOS!, ¡NO...! ¡NO...!
¡LE DIJE QUE NO COLMARA MI PACIENCIA, ANCIANO! NOS QUEDAREMOS AQUÍ MAL QUE LE PESE. ¿ME ENTIENDE?
ESTÁ BIEN. LE ENTIENDO, LE ENTIENDO.
DÍGAME: ¿CUÁN-TOS HABITANTES TIENE ESTE PUEBLO?
QUINIENTOS SON LOS QUE QUEDAN.
¡HUM! ALGUIEN DE AQUÍ HA ASESINADO A CUATRO DE NUESTROS SOLDADOS, USAN-DO UNA BAYONETA. MAÑANA TENDRÉ QUE TOMAR UNA DETERMINACIÓN AL RESPECTO. ¿SABE USTED ALGO DE ESO?
¿POR QUÉ CREE QUE ÉL DEBE SABERLO, OFICIAL?
PORQUE ALGUIEN DEBE SABER ALGO AQUÍ.

NADIE SABE NADA DE LO QUE USTED DICE: NOSOTROS TENEMOS **NUESTRA PROPIA MUERTE** EN LA CASA PARA OCUPARNOS DE LA MUERTE DE LOS DEMÁS.
¿QUÉ SIGNIFICA ESO DE QUE LA MUERTE ESTÁ EN ESTA CASA?
¿QUIERE SABERLO? VENGAN CONMIGO.
¡HIJITA, POR LO QUE MÁS QUIERAS!...
LA JOVEN LOS CONDUJO HASTA UNA HABITACIÓN REDUCIDA, DONDE SOBRE UN CAMASTRO DESCANSABA ALGUIEN.
¡LIEBE MUTTER! ESTE HOMBRE ESTÁ MUERTO, MI MAYOR. Y... DESDE HACE VARIOS DÍAS. LE REBANARON EL CUELLO.
¡SÍ, SÍ! FRAULEIN, ¿CÓMO ES POSIBLE QUE NO LO HAYAN SEPULTADO?
ESO IBA A HACER CUANDO LLEGARON... USTEDES.
PUES LE ORDENO QUE LO SEPULTE ENSEGUIDA. ¡ESO ES UN PELIGRO!

¿A ESTO SE REFERÍA SU PADRE CUANDO HABLABA DE LA MUERTE EN LA CASA? ¿QUIÉN ERA ÉL?
MI ESPOSO.
EL MAYOR Y SU ORDENANZA, ACOSTUMBRADOS A LOS ATROCES OLORES DE LA GUERRA, NO HABÍAN REPARADO EN EL QUE FLOTABA DENTRO DE LA CASA, PERO AHORA, POR SUGESTIÓN QUIZÁS, LES PARECÍA PEOR QUE NINGÚN OTRO.
COMERÁN ALGO. DESPUÉS ME AYUDARÁN A... ENTERRARLO.
SER GUT, FRAULEIN.
EL MAYOR Y SU ORDENANZA, ROMPIENDO LA FÉRREA DISCIPLINA DEL EJÉRCITO DEL KÁISER, COMIERON JUNTOS Y CON APETITO PASANDO POR ALTO EL OLOR QUE PROVENÍA DEL CUARTO DEL MUERTO.

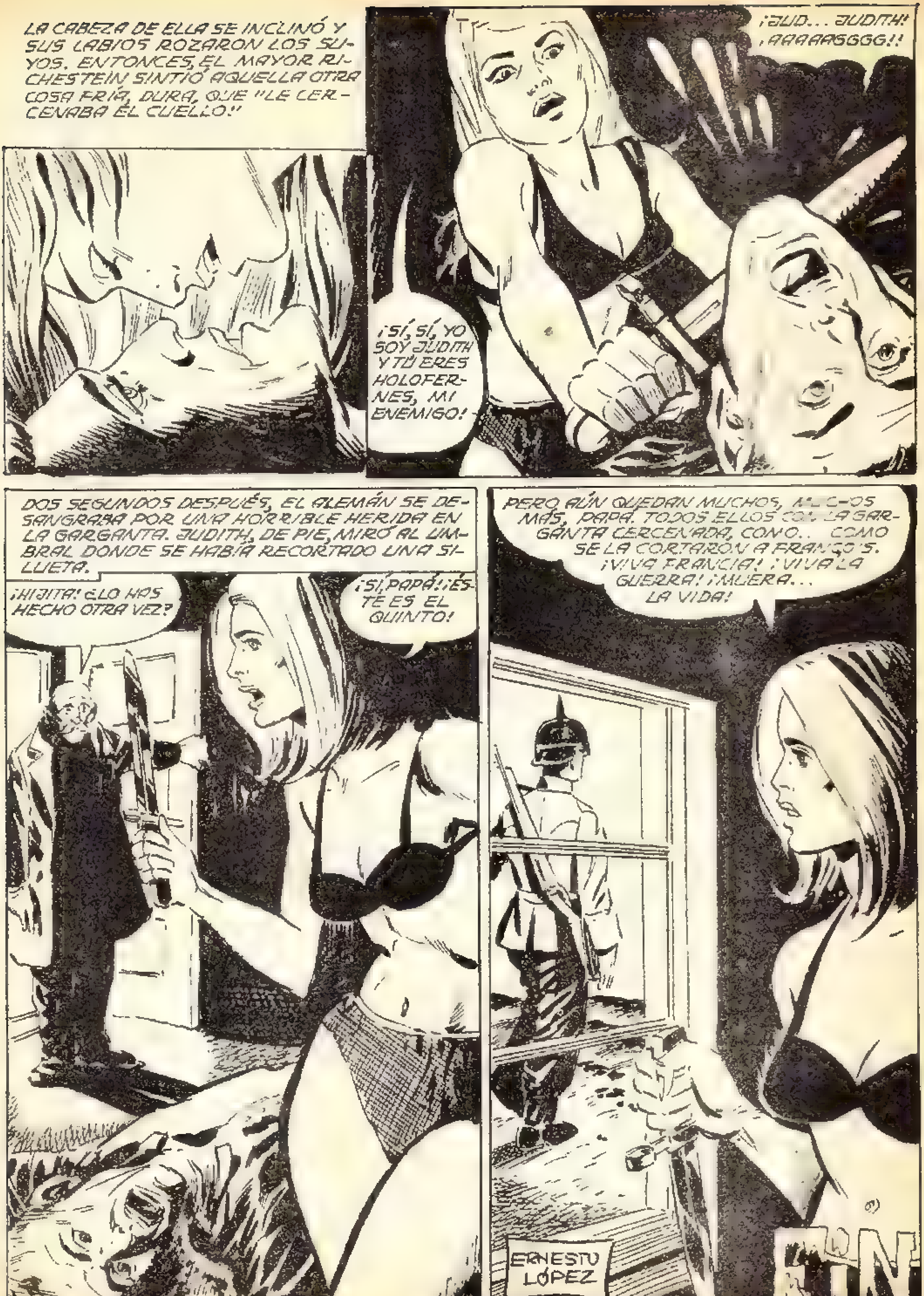

CUANDO HUBIERON TERMINADO...
FRANZ, VAYA Y CAVE UNA FOSA EN EL PATIO.
A SU ORDEN, MI MAYOR.
DEBO DARLE LAS GRACIAS, FRAULEIN, POR SU COMIDA. DESGRACIADAMENTE NO PUEDO PAGAR POR EL MOMENTO, PERO...
NADA HAY QUE PAGAR.
MI PATRIA NO ME PERDONARÍA POR RECIBIR DINERO DE UN ENEMIGO, SIN EMBARGO, NO COMETO TRAICIÓN ALGUNA AL DAR DE COMER A AQUELLOS QUE SIENTEN HAMBRE.
ES USTED UNA MUJER INTELIGENTE.
¿CÓMO ES SU NOMBRE?
¡JUDITH!
EL MAYOR SONRIÓ.
JUDITH. ¡QUÉ COINCIDENCIA! ME LLAMO HOLOFERNES.

¡JUDITH Y... HOLOFERNES!
¿ODIAR? ¡NO! ¡NO SÉ! COMPRENDO QUE LOS SOLDADOS NO TIENEN LA CULPA SI MATAN A OTROS SOLDADOS, COMO MATARON A MI ESPOSO.


¡OH, SÍ! POR CIERTO. CUATRO MESES DE MATRIMONIO Y... AHORA SOY UNA VIUDA.
EL MAYOR MIRÓ LOS HERMOSOS OJOS DE JUDITH. ALGO SINTIÓ DENTRO DE SÍ.
¿USTED TIENE NOVIA?
¡NO! ¡ES DECIR, SÍ! MI ESPOSA. ELLA ES MI NOVIA.
JEA, LLEVO SIEMPRE UNA FOTOGRAFÍA SUYA Y DE NUESTRA HIJITA. ELLA TIENE AHORA
SON HERMOSAS LAS DOS. ES BUENO TENER ESPOSA E HIJOS... PERO A ÉL LE CERCENARON LA GARGANTA CON UNA BAYONETA.
EL ALEMÁN SINTIÓ PIEDAD POR AQUELLA POBRE MUCHACHA. SIN QUERERLO CASI, LA TOMÓ DE LA MANO. LOS OJOS DE ELLA SE POSARON EN LOS SUYOS. EL MAYOR SUPO QUE ELLA ESTABA SINTIENDO LO MISMO QUE ÉL.
JUDITH... ¿PUEDO HACER ALGO POR USTED?
¡NO! USTED NADA PUEDE HACER... ¡NADA! PERMÍTAME SERVIRLE UN POCO DE COÑAC. NUESTRO COÑAC ES BUENO.

¿A DÓNDE HA IDO SU PADRE?
EL... ÉL SE MARCHA CADA VEZ QUE LLEGA UN... UN ENEMIGO. ¡PERDÓNELO! ES CHAPADO A LA ANTIGUA.
ES BUEN COÑAC.
EL MAYOR MIRÓ EL VASO CON AIRE DESCONFIADO.
NO TEMA. NO ESTÁ ENVENENADO. BEBERÉ YO PRIMERO. ¡POR FRANCIA, POR LA GUERRA, POR... LOS QUE MUEREN CON LA GARGANTA ABIERTA POR LAS BAYONETAS!
PERMISO, MI MAYOR. LA FOSA ESTÁ PRONTA.
ESTÁ BIEN, FRANZ. TÓMESE EL RESTO DE LA TARDE FRANCO.
VOLVIERON A QUEDAR SOLOS. EL ALEMÁN SE DESABROCHÓ LA GUERRERA. AL PARECER, EL COÑAC LE DABA CALOR... AFUERA COMENZABA A CAER EL CREPÚSCULO.

¡TIENES UN HERMOSO CUELLO, HOLOFERNES!
¡JUDITH! NO ME DIGAS ESAS COSAS... JUDITH, YO... ¡DÉJAME QUE TE BESE!
¡AQUÍ NO! ¡VEN AL DORMITORIO!
EL MAYOR SENTÍA QUE LA SANGRE LE HERVÍA EN LAS VENAS. LA GUERRA ERA LARGA Y CRUEL. ÉL AMABA A SU ESPOSA. PERO... LA GUERRA ERA LARGA Y CRUEL... AHÍ ESTABA JUDITH...
¡CIERRA LAS CORTINAS, POR FAVOR!
LA HABITACIÓN QUEDÓ SUMIDA EN LA OSCURIDAD. EL OFICIAL SINTIÓ ENTONCES QUE EL OLOR DEL CADÁVER DEL MARIDO DE JUDITH ERA MÁS PATENTE AHORA, PERO PRIMÓ EL DESEO SOBRE CUALQUIER OTRA SENSACIÓN.
SINTIÓ QUE LA MUCHACHA SE ACERCABA AL LECHO. ÉL LA TOMÓ DE UNA MANO...
¡JUDITH! OH, MEIN KLEINE, JUDITH!


LA CABEZA DE ELLA SE INCLINÓ Y SUS LABIOS ROZARON LOS SUYOS. ENTONCES, EL MAYOR RICHESTEIN SINTIÓ AQUELLA OTRA COSA FRÍA, DURA, QUE ¡¡LE CERCENABA EL CUELLO!!
¡JUD... JUDITH! ¡AAAAARSGGG!!
¡SÍ, SÍ, YO SOY JUDITH Y TÚ ERES HOLOFERNES, MI ENEMIGO!
DOS SEGUNDOS DESPUÉS, EL ALEMÁN SE DESANGRABA POR UNA HORRIBLE HERIDA EN LA GARGANTA. JUDITH, DE PIE, MIRÓ AL UMBRAL DONDE SE HABÍA RECORTADO UNA SILUETA.
¡HIJITA! ¿LO HAS HECHO OTRA VEZ?
¡SÍ, PAPÁ! ¡ÉSTE ES EL QUINTO!
PERO AÚN QUEDAN MUCHOS, MUCHOS MÁS, PAPÁ. TODOS ELLOS CON LA GARGANTA CERCENADA, COMO... COMO SE LA CORTARON A FRANÇOIS. ¡VIVA FRANCIA! ¡VIVA LA GUERRA! ¡MUERA... LA VIDA!
ERNESTO LÓPEZ
FIN

Viene de la página 28

casa se sirv ó un gran vaso de whisky puro, que bebió casi de un trago.

—¿Quiere beber? —ofreció.

—No, gracias. Es necesario estar completamente lúcidos, doctor. Déjeme ver a Louis.

El parasicólogo lo condujo hasta el estudio donde encontrara el cadáver. Kruger lo contempló unos instantes; estaba muy pálido y al parecer sus manos temblaron un tanto al quitarse los anteojos para limpiar los cristales.

—Magruder, ¿dónde tiene la mascarilla ahora?

—Usted se empecina —fue la respuesta casi desesperada del otro.

—¿Es que no se da cuenta de que la próxima víctima SERA USTED MISMO? ¿Dónde está la mascarilla?

El parasicólogo se alisó los cabellos en un gesto cansado.

—Está bien. Usted gana —murmuró—. La había puesto en este armar o pero ahora no está

Magruder abrió la puerta del mueble.

—No conozco al hombre que se la ha llevado, pero no me cabe la menor duda de que es el mismo que asesinó al policía. Kruger, si usted sabe algo de esto dígamelo. ¡Necesito saberlo todo!

El alemán cogió al otro del brazo y lo condujo fuera del estudio. Cerró la puerta cuidadosamente y ambos se encaminaron hacia la sala.

—Pr mero conteste a una pregunta: ¿por qué deseaba poseer la mascarilla?

—Por su valor intrínseco. Soy un coleccionista, ante todo, y cierta vez oí a uno de mis colegas hablar de ella, como pieza única en el mundo. Dijo que él pagaría lo que le pidiesen por ella. Esto avivó mi curiosidad e hice indagaciones; supe que había pertenecido a gente de otros siglos y que poseía una ma dic.ón.

Magruder se derrumbó en un sillon:

—Desde ese mismo momento decidí que debía ser mía. Me puse en contacto con un ladrón de museos, que me servía muy b en ..

—¡Corradi, —exclamó Kruger

—Sí. Después de algun t empo la encontró en el Museo de Londres .. El resto de la historia ya la conoce usted. Muerto Corradi, me apoderé de la mascaril a antes que llegara el teniente Johnson con sus policías.

Kruger se quitó los anteojos, en un gesto cansado.

—Antes de decirle lo que he descubierto, Magruder, es necesario que entremos el cadáver del policía.

Se h zo como Kruger insinuara y Magruder se derrumbó en un sillón. Kruger sirvió sendos vasos de whisky y entregando uno al parasicólogo, se sentó frente a él. El reloj de la sala dio las cuatro de la madrugada.

—¿Ha oído hablar alguna vez del Doctor Mort's? —preguntó el alemán.

—No, jamás —fue la respuesta del otro.

Kruger meditó unos segundos. Luego apuntó:

—Las palabras STROIM y MORTIS son la misma cosa. Una es el anagrama de la otra. Magruder miró a su interlocutor al parecer sin comprender del todo. E Doctor Mort s es el nombre de cierto personaje misterioso, Magruder, que, según se dice, es un científico loco imbuido de siniestras deas Otros aseguran que es el último brujo que la humanidad conoce y no faltan los que juran que es la reencarnación del mismo Belcebú

—¿Quiere hablar claro? —dijo Magruder.

—El Barón de Stroim y todos sus descend entes fueron acusados de hechicería y muchos de ellos murieron en la hoguera, otros encadenados en prisión

LA MASCARA

●●●

pues bien, pese a todo, la mascarilla de Stro m ha llegado hasta nuestros días y con ella ha llegado también su dueño.

—¿Stroim?

—El mismo, pero bajo el anagrama de Mortis, doctor Magruder.

El visitante había extraído su cartera y de ella un papel amarillento por la acción de los años. Los desplegó con sumo cuidado sobre sus rodillas.

—¿Qué es eso? —preguntó el parasicólogo.

—Un antiquísimo manuscrito de un hombre que vivió en el año mil de nuestra era, llamado Amúlida Tauc. Escuche lo que dice: "Volverás. Aquellos que pongan tu cara sobre sus caras serán tu alimento".

—¿Qué relación tiene ese escrito con la mascarilla?

Kruger dobló el papel cuidadosamente y lo guardó.

—Le dije que mi hermano se interesaba por la mascarilla y todo lo concerniente a ella. El encontró este manuscrito en un sepulcro en un lugar de Europa, donde habitó el antiguo pueblo de los Petcheneros; el manuscrito hablaba del dios del Rostro del Mal, refiriéndose, sin duda, a la mascarilla. Ahora bien; ¿al

referirse Amúlida Tauc al dios del Rostro del Mal, se refería quizás a Satanás o a algunas de sus formas?

—Satanás ha sido declarado obsoleto Kruger.

—¿Sí? ¿Por quiénes? ¿Por los mismos que lo inventaron? No, doctor Magruder; eso es un error. El mal NO SE INVENTO ni se le dio forma por capricho de algunos; el mal existe desde que existe el hombre o quizás de mucho antes. Desde los más remotos tiempos, el ser humano ha deificado primero al Mal, luego al Bien.

—Sigo sin entender, dónde quiere ir a parar, Kruger. —Magruder estaba dejándose dominar por los nervios.

—Quiero decirle, que el dios del Rostro del Mal ha despertado de su letargo, para recordar a la humanidad que aún existe; no sabemos qué consecuencias podrá tener el dejar suelto a semejante ente

Kruger se acarició la barbilla pensativo

—Creo que lo mejor es que usted abandone el país por un tiempo; yo trataré de atrapar a la bestia. Quizá si...

El alemán no continuó: estaba mirando al parasicólogo y vio que los ojos de éste se movían lentamente hacia el cielo raso. Lo vio palidecer un tanto.

—¿Qué sucede? —inquirió.

Magruder se llevó el índice a los labios, intimando silencio. Luego en un susurro, dijo:

—¡Schist! Me pareció oír un ruido en el laboratorio.

—¿Dónde queda?

—Exactamente sobre esta sala.

—¿Pudo haber entrado alguien?

—No sé. —La voz de Magruder temblaba—. Yo subiré a investigar; usted puede vigilar la puerta falsa. Si alguien se ha introducido en la casa, lo habrá hecho por ella, y saldrá por el mismo conducto.

—Está bien.

Kruger desapareció por una puerta que daba a la repostería, y de ahí a la cocina, mientras Magruder subía rápida y silenciosamente la escalera. Traspuso el corto pasadizo que moría en una puerta y se detuvo ante ella, pegando el oído a la madera. Dentro reinaba el más absoluto silencio. Guiado por un inexplicable impulso, abrió: dentro, la oscuridad era intensa. Magruder esperó a que sus ojos se acostumbrasen a las tinieblas, puesto que encender la luz podría resultar peligroso. Esperó unos segundos: nada, silencio y oscuridad. Entonces desde abajo oyó la voz de Kruger que lo llamaba preguntándole si se encontraba bien.

Cuando John iba a responder afirmativamente ...LA VIO.

El cabello se le erizó de pavor: ahí estaba la mascarilla que parecía mirarlo, porque ahora aquella cosa poseía ojos, muertos sí, pero ojos. Un halo verdoso de destellos opacos la rodeaba, confiriéndole un aspecto demoníaco y sobrecogedor.

—¡Por todos los santos! ¡No puede ser!

Magruder se sentía paralizado; se daba cuenta de que no sólo era el estupor lo que lo había inmovilizado, sino algo más que estaba sucediendo en el laboratorio.

La mascarilla que hasta ese momento flotaba tras una mesa de trabajo, a la altura de un hombre que estuviese sentado, comenzó a elevarse, como si ese mismo hombre se estuviese poniendo de pie y, quizá así era, pues Magruder pudo ver el sillón donde él solía sentarse cuando trabajaba en la mesa. Dos manos, huesudas, descarnadas, se posaron en la mesa; el rictus de la comisura de los labios se acentuó en una sonrisa macabra y, la mascarilla comenzó a avanzar hacia el parasicólogo. John sintió que toda su voluntad era anulada, sin embargo, su cerebro registraba aquella escena de horror. Con un supremo esfuerzo mental y temblando convulsivamente, logró desasirse momentáneamente del poder que lo paralizaba. Intentó cerrar la puerta, pero entonces una mano emergió del otro lado de ella, pues Magruder la había abierto sólo a medias, y le asió la muñeca reteniéndolo. Aterrado el hombre intentó desprenderse, pero tras la mano emergió el cuerpo, un cuerpo cuyo rostro y cráneo estaban completamente limpios de carne.

—¡Corradi! —El nombre brotó roncamente de la garganta del parasicólogo y ya no pudo oponer mayor resistencia. Se sabía cogido por las fuerzas del mal.

Mientras tanto Kruger, que montaba guardia en la puerta falsa, se inquietaba. No había recibido respuesta de Magruder, ni se oía arriba el menor rumor. Volvió a llamar, con el mismo resultado. Inquieto decidió por fin abandonar su puesto y subir para cerciorarse de que todo marchaba bien. Cuando llegaba a la sala, el chasquido de la cerradura de la puerta del estudio de Magruder lo detuvo en seco; se quedó contemplando cómo la hoja se abría lentamente.

—¿Magruder, es usted? —preguntó.

Nadie respondió. La puerta terminó de abrirse y en el umbral apareció Louis...

— **Liebe Got!** ¡El mucamo de Magruder! ¡Un "zombie"!

En ese preciso instante, un grito desgarrador sacudió la casa.

—¡Doctor Magruder!...

La voz aterrada, despedazada del parasicólogo se dejó oír.

—¡Franz! ¡Franz! ¡Por Dios, me atrapa! ¡Socorro...!

LA MASCARA

●●●

—¡Voy, Magruder, voy!

Pero cuando el alemán iba a avanzar, el "zombie", moviéndose con pasmosa rapidez, le cerró el paso.

Kruger sepultó la mano en el bolsillo de su chaqueta, mientras retrocedía unos pasos para evitar la acometida del no-muerto. Cuando la mano se alzó, estaba armada de un pequeño frasco hermético en forma de cruz.

—¡Maldito de Dios, apártate!

El monstruo, que era Louis, se replegó temeroso ante el signo, lo que fue aprovechado por Kruger para alcanzar la escalera y subirla de tres zancadas.

—¡Magruder! ¿Magruder, me oye?

Llegó al pasadizo y se detuvo dubitativo. No sabía la exacta situación del laboratorio del parasicólogo, pero recordaba que él dijera que estaba sobre la sala. No podía ser pues otra, más que aquella de la puerta entreabierta. Hacia ella corrió, empuñando el extraño frasco en forma de cruz y que contenía un líquido de color oscuro.

Entró en el laboratorio en tinieblas. Cerró la puerta tras sí y cuando buscaba el interruptor de la luz, oyó algo semejante a un estertor.

—¿Magruder?...

—La mano de Kruger hizo funcionar el interruptor de la luz, pero ésta no se hizo. Los ojos del alemán recorrieron las tinieblas, posándose en el escritorio. Tras él vio una silueta humana y en un plano ligeramente superior y junto a la pared posterior estaba la mascarilla.

Kruger se acercó a la mesa; había reconocido a Magruder.

—¿Doctor, está usted bien?

Entonces la cabeza del que estaba sentado se alzó. Los ojos desorbitados del alemán vieron una cara corroída, que era una calavera y que sin embargo parecía mirarlo con ojos afiebrados.

—¡Doc..., doctor Magruder!

La mano que aferraba el frasco tembló levemente. Kruger lanzó una furtiva mirada a la mascarilla que, como flotando en el aire, comenzó a avanzar hacia la mesa. Entonces de la garganta de Magruder brotaron palabras, que al rebotar en los huesos que conformaban la boca de la calavera, su propia boca ahora, sonaban macabramente.

—Te esperábamos, Kruger.

—¿Usted también, Magruder?

—Sí, yo también. ¡Corradi y Louis también! Ahora te toca el turno, Kruger, y así iremos engrosando esta larga hueste al servicio del Maestro. Al servicio del dios del Rostro del Mal.

Kruger retrocedió, pero detrás suyo sintió una respiración aterradora y por el rabillo del ojo vio a quien reconoció como Corradi. Justo en ese momento la puerta se abrió violentamente y en el umbral apareció Louis; Kruger se sintió acorralado.

—Es inútil, Franz, no intentes resistirte, pues eres de los nuestros ya —chirrió Magruder, mientras la mascarilla avanzaba hacia el alemán—. El dios necesita alimento y tu sangre se lo proporcionará. Luego serás...

La voz del no-muerto se interrumpió cuando Kruger, alzando el frasco en forma de cruz, gritó:

—¡En nombre de Dios, sean destruidos!...

La mascarilla se detuvo como vacilante, Magruder y los otros dos "zombies" se replegaron sobre sí mismos aterrados. El brazo de Kruger se movió rápidamente hacia adelante lanzando el frasco con el líquido oscuro contra la mascarilla púrpura.

Se produjo el impacto; se oyó el choque del frasco que se rompió en mil pedazos, contra algo tangible, duro, y sobre la mascarilla se derramó el líquido oscuro. Alaridos indescriptibles estremecieron la noche; la mascarilla vaciló, mientras un par de manos se alzaban hasta ese rostro maldito. Manos y rostro comenzaron a corroerse rápidamente; la cosa cayó al suelo, revolcándose sobre él, emitiendo aquellos horrendos gritos de angustia y dolor. Era como si un ser, no humano por cierto, estuviese siendo destruido por algún ácido poderoso. Y así era en efecto, por lo menos en parte, pues el extraño frasco de Kruger contenía vitriolo, que estaba haciendo su trabajo.

Junto con los últimos alaridos de la mascarilla,

Magruder, Louis y Corradi se derrumbaban sobre el piso, quedando inertes, esta vez por toda la eternidad; con ellos, Kruger caía también, víctima de las emociones. Antes de desmayarse, lo último que vislumbró fue una mirada maligna, atroz, como último vestigio de la mascarilla satánica.

Cuando volvió en sí, se encontró en un lecho en una sala de algún hospital. A su lado había varios policías. Uno de ellos le sonrió afable:

—Soy el teniente Johenson, señor Kruger. ¿Cómo se siente?

El joven se sentó vivamente en la cama. Su mirada, preñada aún por el terror que su espíritu recordaba, recorrió la sala y los rostros de los policías, como buscando algo.

—¡Cálmese! Ya todo ha pasado.

—¿Ha pasado? Entonces... aquello no fue una pesadilla. ¡No, no! ¡No pudo serlo! —Kruger se dejó caer sobre las almohadas y cerró los ojos—. ¿Cómo dieron con..., con todo? —preguntó angustiado.

—Por la desaparición del policía de facción en el distrito donde está la casa de Magruder. Cuando al relevo no se presentó, fue buscado y los rastros de sangre nos dieron la pista.

Los ojos del teniente estaban fijos en Kruger.

—Con él encontramos a otros dos corroídos —aspiró hondo, cuando agregó—: Jamás pensé que Magruder podría llegar a tanto, pero lo atraparemos tarde o temprano.

—¿Usted..., usted presume que Magruder asesinó a los otros?

—Sí. No hay otra explicación. Claro que sólo hemos podido identificar un solo cadáver: el de Corradi. Sospecho que el otro es el del mucamo de Magruder y en este momento en el laboratorio están averiguando quién es el tercero. Johnson miró a Kruger de una manera convencional—. ¿Tiene usted idea de quién pueda ser el tercero, señor Kruger?

El interpelado volvió a cerrar los ojos en un gesto cansado:

—¡Es Magruder! —respondió.

—¿Magruder? ¿Está seguro? ¡Cielos! Entonces ¿quién le corroyó el rostro?

Kruger no respondió en seguida. Se mordió los labios y luego dijo lentamente:

—La mascarilla, teniente. Fue el dios del Rostro del Mal, a quien yo destruí arrojándole vitriolo.

El investigador abrió los ojos y la boca en una demostración de pasmosa incredulidad. Se inclinó sobre Kruger.

—¿De qué me está hablando? ¿Sabe lo que me está contando?

Kruger sonrió tristemente. El no sabía lo que estaba contando, y aunque lo supiera, ¿de qué valdría? ¿Quién creería semejante historia? ¿La ha creído usted, gentil lector?

FIN

kioskoanacronico1937@gmail.com